



**Franceses**  
**en el**  
**suroriente**  
**de**  
**Cuba**





## CARLOS PADRÓN MONTOYA

---

Nació en Santiago de Cuba, 1947. Licenciado en Historia, desde 1992 preside la Asociación de Artistas Escénicos de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC).

Escritor, actor, dramaturgo, director de teatro y de televisión. Fundador del Cabildo Teatral Santiago (1975) y Calibán Teatro (1986), tiene una amplia trayectoria en el teatro el cine y la televisión. A ello se une su quehacer intelectual que ha procurado la publicación de varios libros y folletos, también ensayos en revistas especializadas, todo lo cual ha posibilitado divulgar sus estudios referidos a temas sobre el teatro, la Historia de Cuba y de la cultura cubana. Es coautor de *Apreciación del teatro* (1981). Esta obra tuvo una primera versión editorial en 1997.





# Franceses en el suroriente de Cuba

CARLOS PADRÓN MONTOYA



IMAGEN  CONTEMPORANEA  
LA HABANA • 2005





**Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA**

**Director:**

Eduardo Torres-Cuevas

**Subdirector:**

Luis M. de las Traviesas Moreno

**Editora principal:**

Gladys Alonso González

**Administradora editorial:**

Esther Lobaina Oliva



**Responsable de la edición:**

Gladys Alonso González

**Diseño de cubierta:**

Luis A. Gutiérrez Eiró

**Emplante:**

Viviana Fernández Rubinos



© Carlos Padrón Montoya, 2005

© Sobre la presente edición:

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA, 2005

ISBN 959-7078-83-X

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA

Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz,

Universidad de La Habana,

L y 27, CP 10400, Vedado,

Ciudad de La Habana, Cuba.

e-mail: restherl@infomed.sld.cu





## Índice

*Freré Jacques*, / 1

Notas / 3

*Bon Dieu qui fait soleil*, / 4

Notas / 10

*Blanc lá yó qui sotí en Frans, ioh, jelé!...* / 14

Notas / 28

*La vi va pa bén...* / 35

Notas / 48

*Gode fré mué viú pa ló!* / 50

Notas / 57

*Mué alé sacé café...* / 58

Notas / 75

*Mué alé nau vea...* / 79

Notas / 84

*Isit tud gran men sa bel bón* / 85

Notas / 88

Bibliografía / 91

Anexo / 95







## Frère Jacques,

*Frère Jacques,  
Frère Jacques,  
Dormez vous?  
Dormez vous?  
Sonner la matine,  
Sonner la matine,  
Din, don, dun,  
Din, don, dun...*



Entoné esta canción centenares de veces, hacia los años 50 del siglo xx, en rondas infantiles. Mucho tiempo después supe que en el occidente de Cuba se cantaba por aquella misma época una versión hispana de estos versos,<sup>1</sup> casi tan antigua como el original francés, y desconocida para los niños que nos habíamos criado al otro lado de la Isla. Quizás, ésta haya sido la confirmación más significativa de la presencia, en la región suroriental de Cuba, de no pocos rasgos de la cultura francesa.

De hecho, en provincias como Camagüey, Ciego de Ávila, Guantánamo y Santiago de Cuba existen en





la actualidad comunidades haitianas que conservan muy vivas sus tradiciones, a la vez que se integran de manera natural al proceso evolutivo de la sociedad cubana. Pero estos grupos, en migraciones diversas, se asentaron hace aproximadamente 90, 70, 50 años.

Sus integrantes hablaban el *créole*; no habían nacido en la colonia francesa de *Saint-Domingue*, sino en el fantasma de república fundado en 1804 por sus antepasados esclavos, y sus costumbres, religión, hábitos culinarios y formas de expresión artística, deben más al tronco afroamericano que al europeo. Por ello, la búsqueda de una explicación acerca del componente francés de algunas manifestaciones culturales en el sureste de Cuba, debe conducirnos al estudio de la primera gran corriente migratoria franco-haitiana y sus secuelas, desde la última década del siglo XVIII hasta bien entrada la segunda mitad del XIX.

Aventado por el fuego de dos revoluciones, este fantástico éxodo trastornó la vida de amos y esclavos, de realistas y republicanos, de criollos de Haití y criollos del oriente de Cuba.

Como suele suceder en toda migración repentina, los desplazamientos de esta primera corriente se sucedieron en forma escalonada en un tiempo relativamente corto: de 1789 a 1804. Pero en el caso de Saint-Domingue se transgredieron todos los otros usos de movimientos similares anteriores. La causa principal de esta migración no puede definirse de manera absoluta como política, porque hubo también motivaciones económicas, sociales e, incluso, raciales. El carácter del éxodo no debe calificarse sólo como expulsión; tampoco puede hablarse únicamente de destierro o, simplemente, de huida. El conjunto de los emigrantes no fue homogéneo en su condición de clase, ni en sus ideas políticas, ni en sus profesiones, ni







siquiera en el color de la piel. Por consiguiente, aunque se tenga en cuenta la especial ubicación geográfica de Haití con respecto a Cuba, a las demás Antillas y al ámbito caribeño del continente, el factor que hace singular a este movimiento migratorio no es otro que la complejidad de la explosión revolucionaria que lo originó.

### **Notas**

<sup>1</sup> Campanero/ Campanero/ ¿Duerme usted?/ ¿Duerme usted?/ Suenan las campanas/ Suenan las campanas... (versión en castellano).





## **Bon Dieu qui fait soleil,**

*Bon Dieu qui fait soleil,  
Qui clairé nous en haut,  
Qui soulevé la mer,  
Qui fait l'orage gronder,  
Bon Dieu là z'autrez tendez  
Caché dans son nuage  
Et lá li gardé nous  
Li vovai tout ca blancs fait.  
Dieu blanc mandé crime,  
Et pas nous vlé bienfaits,  
Mais Dieu lá qui si bon  
Ordonnez nous Li va conduit nous  
Li baille nous assistance.  
Jetez portraits Dieu blanc  
Qui soif d'lean dans yeux nous  
Coutez la liberté qui nan Coeur á nous tous!\**

---

\* El buen Dios que ha hecho el sol/que nos alumbra desde lo alto,/que agita el mar./que hace rugir la tempestad, escuchadlo,/ el buen Dios está oculto entre las nubes./Desde allá, él nos contempla y ve/todo lo que hacen los blancos./ El Dios de los





El proceso revolucionario haitiano exhibe una intrincada madeja de contradicciones de fisonomía diversa. No sería legítimo simplificar los antagonismos de clases que allí se exteriorizaron y presentarlos sólo como un enfrentamiento de poseedores y desposeídos.

Indudablemente, fue un factor de lucha la prolongada rivalidad entre terratenientes y magnates del comercio; también, el conflicto desatado por el elemento profesional y los propietarios medios y pequeños contra el conjunto de esa gran burguesía. En este contexto, las hondas diferencias entre hombres libres y esclavos se convertirían en material altamente explosivo.

A esto hay que añadir los antagonismos políticos entre monárquicos, jacobinos e independentistas, oposición que se va a clarificar en la última etapa de la rebelión, cuando el Imperio se enfrente a los esclavos insurrectos.

Por último, hay que tener en cuenta el matiz racial que asomará en momentos cruciales de la contienda, no sólo como un antagonismo entre los blancos y los *hommes de couleur*, sino también en su expresión más denigrante: la discriminación de los negros por los mulatos.<sup>2</sup>

A fines de 1789, a raíz de conocerse en Saint-Domingue las noticias de la toma de la Bastilla y de la aprobación, por la Asamblea Constituyente francesa,

---

blancos ordena el crimen,/el nuestro solicita buenas acciones./  
Pero este Dios que es tan bondadoso/nos ordena la venganza./  
Él va a conducir nuestros brazos y a darnos asistencia./iDestruyamos la imagen del Dios de los blancos/que tiene sed de nuestras lágrimas;/escuchemos en nuestros corazones/el llamado de la libertad!(Traducción realizada por la Editorial Casa de las Américas de La Habana.)<sup>1</sup>





de la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, los colonos más poderosos reaccionan de manera violenta contra los funcionarios de una monarquía que se tambalea ante los ojos del mundo. Paradójicamente, los factores de la “revolución” en la colonia, los que enarbolan una bandera independentista, son los hombres más opuestos a las ideas del Iluminismo. Comprenden que regresar a Francia para disfrutar de sus riquezas ya no puede constituir la meta de sus ambiciones; antes bien, se proponen aprovechar la atmósfera revuelta de la metrópoli, independizar Saint-Domingue y mantener, sin molestas tutelas, el régimen esclavista que les procura bienestar: la sangre y el fuego serán los medios. Así, los terratenientes declaran la guerra a las autoridades realistas y se erigen en poder alternativo, persiguiendo y asesinando en sus dominios a todo el que constituya un potencial opositor. En este otro bando se entremezclan grandes comerciantes —quienes no saben aún si inclinarse a la monarquía o al republicanismo—, profesionales de ideas avanzadas, funcionarios coloniales y propietarios mulatos. Sobrevino entonces un período de terror, en el cual los colonos dirigieron personalmente linchamientos y represiones sangrientas, al tiempo que recrudescían los castigos corporales a los esclavos de las plantaciones.<sup>3</sup>



A principios de 1790, algunos comerciantes afectados, en número aún insignificante, comienzan a arribar a las ciudades de Baracoa y Santiago de Cuba, en el extremo oriental de su vecina, la más grande de las Antillas.

Los disturbios subsiguientes, protagonizados a lo largo de ese año y en 1791 por las facciones en pugna —los *pompons blancs* (blancos sin poder económico y mulatos libres agrupados alrededor del gobierno co-





lonial) y los *pompons rouges* (partido de los grandes propietarios)—, conmocionan a Saint-Domingue de tal manera, que desencadenan la rebelión de los esclavos. Incitada por Toussaint Louverture<sup>4</sup> y encabezada militarmente por Boukman,<sup>5</sup> la clase que ocupaba el último escalón de la pirámide social en la colonia, despierta de su aparente letargo y se introduce en la revuelta; en pocos meses asumirá el papel protagónico que la conducirá a la independencia.

A partir de agosto de 1791, crece de manera significativa el número de franco-haitianos que solicitan refugio al gobierno del Departamento Oriental de Cuba. Pero es en el verano de 1793 cuando se lleva a cabo lo que algunos historiadores han denominado “la gran diáspora blanca de Haití”, a raíz de la derrota definitiva de los colonos contrarrevolucionarios en *Cape Haitien*, ante el abigarrado ejército de los comisarios Sonthonax y Polverel, quienes habían sido enviados por la Convención. Citamos al historiador cubano José Luciano Franco: “tan pronto llegó a la colonia la doble noticia de la ejecución de Luis XVI y del estado de guerra entre la República Francesa e Inglaterra, los blancos de todos los partidos cesaron de combatirse y se coligaron para entregar el territorio al extranjero”.<sup>6</sup>

En efecto, la composición del bando más reaccionario empieza a clarificarse: los colonos “independentistas” se unieron a los viejos enemigos, los funcionarios y oficiales de la extinta monarquía y, juntos, se dispusieron a entregar la colonia a Inglaterra. Para ello, enviaron emisarios a Londres con la propuesta. Comenta Franco: “Su traición hacia la madre patria es la prueba más contundente del ciego impulso al que se puede conducir el espíritu faccioso alimentado por el interés personal. Los colonos no tenían en





mente nada más que un propósito: impedir la destrucción de la esclavitud.

”Nuevamente en el Cabo los colonos blancos se dispusieron a desatar un movimiento armado contra la política liberal de los Comisarios. El 7 de mayo llegó a la ciudad del Cabo el General Galbaud, que acababa de heredar grandes propiedades en Saint-Domingue (...) Galbaud se puso al lado de los subversivos dueños de esclavos. En las calles del Cabo se entabló un furioso combate que duró dos días, 20 y 21 de junio de 1793. Los mulatos, alineados junto a los Comisarios, se batieron con valor, pero Galbaud parecía tener el triunfo asegurado. En presencia de ese peligro, Sonthonax tomó una decisión memorable. Llamó a los esclavos negros rebeldes acampados en los alrededores del Cabo, y prometió la libertad a todos los que ayudaran a castigar a los colonos blancos insurreccionados. Veinte mil esclavos respondieron a la apelación de Sonthonax, se volcaron sobre la ciudad y aniquilaron a los partidarios de Galbaud. Éste, con dos mil de los suyos, huyó hacia los Estados Unidos; otros millares se refugiaron en las colonias españolas, Cuba y Santo Domingo”.<sup>7</sup>

Quienes no se marcharon con el general Galbaud prefirieron entregar las ciudades al ejército de ocupación enviado por Inglaterra, firmaron un tratado con esa nación y continuaron luchando para reimplantar la esclavitud.

Por otro lado, el comisario Sonthonax, obligado en parte por la astucia política de Louverture, cumplió su promesa: el 29 de agosto de 1793 proclamó la libertad de los esclavos que estuviesen peleando del lado de la República Francesa.

Como consecuencia de estos episodios, varios centenares de franceses blancos embarcan y solici-





tan protección del gobernador del Departamento Oriental de Cuba, residente en Santiago.

Otro movimiento migratorio hacia la vecina isla se consuma en 1795, cuando España cede a Francia, mediante el tratado de paz de Basilea, la parte oriental de Haití. Aunque esta unificación no se realizó sino seis años después, decenas de familias francesas que se habían refugiado en aquel territorio, decidieron huir hacia la mayor de las Antillas, para escapar de una segura venganza de sus antiguos esclavos.

En aquellos años, los ingleses se habían hecho fuertes en *Port-au-Prince* y algunas zonas del centro y sur de Saint-Domingue, pero en 1798, después de una desastrosa campaña en la región de *Mirebalais*, se vieron obligados a firmar la paz con Louverture y abandonar la isla, llevando consigo a los reaccionarios blancos que habían luchado junto a ellos y que fueron a parar a Nueva Orleans, Jamaica y Cuba.

En 1800, al terminar la guerra civil provocada por el general Rigaud, miles de mestizos —muchos de ellos encarnizados enemigos de la abolición de la esclavitud— se refugiaron en las ciudades surorientales de Cuba. La arribazón fue tal, que alarmó al gobernador del departamento Sebastián de Kindelán, quien el 13 de agosto informaba al capitán general de la Isla, marqués de Someruelos, acerca del intento del general Blanchet, subordinado de Rigaud, de establecerse en Santiago. Kindelán, cumpliendo órdenes de Someruelos, hizo todas las diligencias necesarias para impedir a Blanchet y sus familiares tales propósitos, y logró deshacerse de ellos. Pero en el mismo informe revela cuán infructuosos resultaron sus esfuerzos para rechazar el desembarco de los ocupantes mulatos de dos balsas armadas con cañones, quienes a la postre se establecieron en las inmediaciones de Baracoa.<sup>8</sup>





Un año después, Louverture entraba victorioso en la ciudad española de Santo Domingo, haciendo válido el tratado firmado en 1795. A la natural estampida de refugiados franco-haitianos se sumaron varios centenares de colonos hispanófilos que odiaban al general negro por su acendrado antiesclavismo.

Las dos últimas oleadas migratorias arriban a Cuba en 1803 y 1804. La primera, cuando el ejército enviado por Napoleón para someter a los rebeldes se rinde ante el caudillo Dessalines; la segunda, al proclamarse la República independiente de Haití.

Sólo la ciudad de Santiago de Cuba y sus alrededores, al finalizar el turbulento período de la revolución haitiana, habían recibido unos 20 000 refugiados.<sup>9</sup>



## Notas



<sup>1</sup> Según el ensayista haitiano Jean Price-Mars, ésta fue la invocación de Boukman, uno de los jefes iniciadores de la rebelión, la noche del 14 de agosto de 1791, en un claro del monte en *Bois-Caiman*, al norte de Haití, ante 200 participantes de otras tantas dotaciones de esclavos. Jean Price-Mars: *Ainsi parla l'oncle; essays d'ethnographie*, Port-au-Prince, 1928. Hay edición cubana por Casa de las Américas.

<sup>2</sup> “Los libertos (*affranchis*) negros o mulatos (éstos eran los denominados *sang-melé*) a quienes se tomó el hábito de llamarlos *hommes de couleur*, eran 500 en 1703, unos 28,000 en 1789. Constituían una clase intermedia...”. José Luciano Franco: *Historia de la Revolución de Haití*, p. 159.

El acucioso historiador cubano explica más adelante: “el prejuicio racial contra los negros contaminó a los mulatos, que sufrían amargamente el mismo prejuicio de parte de los blancos. Los esclavos negros y los libertos mulatos se odiaban (...) Los que eran casi blancos despreciaban a los hombres de color que no eran más que la mitad blancos y éstos a su vez a los de piel más oscura y así sucesivamente. Los libertos negros eran menos numerosos, pero







su piel era objeto de tal desprecio que un esclavo mulato se consideraba superior a un negro libre y se hubiera matado antes de ser esclavo de un negro". *Ibíd.*, p. 161.

<sup>3</sup> "Si alguna vez los esclavos han tenido motivos para rebelarse, los negros de Santo Domingo los tenían (...) Sin dejar de reconocer las excepciones que acompañan a casi todas las generalizaciones, puede afirmarse, de acuerdo con los relatos de la época, que los plantadores eran en su mayoría crueles, despiadados, hasta perversos algunos de ellos en el tratamiento de sus esclavos. Azotar a un hombre hasta quitarle la vida no era un hecho inusitado; ciertos esclavos eran enterrados vivos; las mujeres cincuenta eran obligadas a trabajar tan duramente, que muchas veces se producía el aborto. Algunos de los castigos más comunes eran sencillamente brutales; otros consistían en torturas; y no pocos eran sádicos, pues los amos los presenciaban, deleitándose con el dolor que causaban. A cierto esclavo del Norte se le clavó por las manos a una pared, y luego, tras de permanecer todo el día bajo los abrasadores rayos del sol, se le amputaron las orejas y se las hicieron comer. Una plantadora hizo cortar la lengua a todos sus esclavos, y otra mujer hizo morir de hambre a su criada, por haberle puesto ésta una mordaza a su hijo. Los extranjeros que visitaron la colonia en 1780 y años subsiguientes, comentaban a menudo la falta de dominio de sí mismos que revelaban, en general, los plantadores, sus violentos accesos de ira y arrebatos apasionados por los motivos más triviales. Las víctimas de estos estallidos eran, desde luego, los esclavos. La mayoría de los negros, pues, sólo necesitaban un cabecilla para rebelarlos y dirigir su venganza". James G. Leyburn: *El pueblo haitiano*. Cfr. J. L. Franco, *ob. cit.*, p. 204.

<sup>4</sup> Era cochero de la plantación Breda. Sus libros preferidos eran Epícteto, Raynal, Plutarco y toda clase de memorias militares. Al estallar la insurrección negra tenía 49 años. Dotado de singular talento para la política y poseedor de una extraordinaria inteligencia, supo manejar desde el principio los hilos de la conspiración; asistió en la sombra al estallido del 21 de agosto y convirtió lo que parecía un ruidoso motín en una de las revoluciones más originales del hemisferio occidental. Verdadero líder, forjó la conciencia y el espíritu de su sufrido pueblo para conquistar la libertad y fundar la primera nación negra de la historia americana. Murió en la cárcel bonapartista de Fort de Joux, el 7 de abril de 1803, siete meses antes de que el ejército francés, destrozado, capitulara ante su discípulo, el general Dessalines. Sobre su vida, pueden consultarse las biografías del francés Víctor Schoelcher: *Vie de Toussaint*





*Louverture*, París, 1889, y Cesaire Aimée: *Toussiant Louverture*, París, 1961.

<sup>5</sup> Este esclavo provenía de Jamaica y había llegado a ser cochero de la plantación Clément. Con Louverture, planeó la famosa reunión del 14 de agosto en Bois-Caiman. Nombró sus lugartenientes a Jeannot, Biassou y Jean François, y tomó el mando del ejército de insurgentes que azotó el norte y el oeste del país. Murió en el combate de Fond-Bleu, en noviembre de 1791.

<sup>6</sup> Franco, ob. cit., p. 228.

<sup>7</sup> *Ibidem*.

<sup>8</sup> *Ibidem*, pp. 278, 279.

<sup>9</sup> La escasez de datos y la poca confiabilidad de las fuentes, en lo concerniente al tema demográfico, nos impiden la necesaria precisión. No obstante, ponemos a disposición del interesado lo que pudimos encontrar:

En su *Historia de la Isla de Cuba*, el español Jacobo de la Pezuela cita una carta del gobernador del Departamento Oriental de Cuba, Sebastián de Kindelán, al capitán general de la Isla, marqués de Someruelos, en la cual el primero dice —aunque evidentemente exagera— que ha recibido 30 000 refugiados (t. III, p. 359). Más adelante, Pezuela aventura la cifra de 20 000 (t. III, p. 398).

Ramiro Guerra, historiador cubano, estima en 30 000 el total de inmigrantes para toda la Isla durante este período. Ver *Manual de Historia de Cuba...*, p. 212.

En “La implantación francesa en la cuenca superior del Cauto”, incluido en el libro *El barracón y otros ensayos*, el investigador y demógrafo cubano Juan Pérez de la Riva cita un padrón efectuado en 1808 en Santiago de Cuba, en el cual la cifra de franceses, blancos, mulatos y negros es de sólo 7 449, quienes sumados a 26 432 españoles (también blancos, negros y mulatos) arroja un total de 33 881 habitantes (ob. cit., p. 372). Resulta muy probable que estas cifras se refieran sólo a la población urbana.

El censo de 1774 arrojó 19 400 habitantes para Santiago de Cuba y un total para la Isla de 172 620 personas. El censo de 1791 eleva esta última cifra a 272 300 habitantes, un 57 % más; por ciento que aplicado a Santiago de Cuba, arrojaría un aproximado de 30 000 habitantes en esta fecha, cuando apenas se ha iniciado la inmigración franco-haitiana, pero lo cierto es que Santiago, por su proverbial atraso, sólo tenía 20 761 almas en 1792.

La profesora Olga Portuondo, en la actualidad historiadora de la ciudad de Santiago de Cuba, tras un equilibrado análisis, conside-





ra 20 000 los franco-haitianos que ingresaron a la Jurisdicción de Cuba entre 1791 y 1803. Ver *Santiago de Cuba; desde su fundación hasta la guerra de los diez años*, p. 111.

Por su parte, María Elena Orozco Melgar, profesora de la Universidad de Oriente, en su libro *Presencia francesa e identidad urbana en Santiago de Cuba*, asegura que el gobernador Kindelán, en 1803, informa sobre la presencia en la jurisdicción de 19 306 emigrados. También publica un padrón hasta ese momento desconocido para la historiografía cubana, del propio 1803, en el cual se estima en 29 753 la población de la ciudad (ob. cit., p. 15).

El profesor Alain Yacou cita un reporte del gobernador Kindelán, de fecha 31 de diciembre de 1803, en el cual se da la cifra de 18 213 personas arribadas a puerto santiaguero, provenientes de Haití. “Santiago de Cuba a la hora de la revolución de Santo Domingo (1790-1804)”, en *Del Caribe*, no. 26 de 1997, pp. 73-80.

Hay que tener en cuenta además, que la Jurisdicción de Santiago de Cuba, bastante poblada en sus zonas rurales, contaba a fines del siglo XVIII con dos núcleos urbanos de cierta importancia: El Cobre, poblado minero, y el pueblecito El Caney, fundado por indígenas, cuyos descendientes estaban vinculados a la ganadería y la siembra de frutos menores.





## **Blanc lá yó qui sotí en Frans, ¡oh, jelé!...**

*Blanc lá yó qui sotí en Frans, ¡oh, jelé!...*  
*Yó prán madam yó serví sorellé...*  
*Pú yó caresé negrés, ¡oh, jelé!...*\*



Santiago de Cuba, fundada en 1515 por el conquistador español Diego Velázquez, era en 1790 la capital del Departamento Oriental de la Isla y la ciudad más importante después de La Habana.<sup>1</sup>

Construida a un costado y al fondo de una bahía larga y estrecha, sobre las ondulaciones del terreno que a manera de columpios forman el estribo de la Sierra Maestra, Santiago había sido capital de Cuba hasta 1553, cuando la sede del gobierno se trasladó a La Habana, mejor posesionada para el atraque de las flotas que transportaban el oro y la plata del continente hacia España. No obstante, la antigua capital conservaba la sede del Arzobispado y cierto orgullo pro-

---

\* Los blancos esos que salen de Francia, ¡oh, gritadlo!.../toman a sus señoras para que les sirvan de almohada.../para acariciar a las negras, ¡oh, gritadlo!...(canción en *patois cubain*).<sup>3</sup>





vinciano, acentuado de manera creciente por el abandono y el olvido en que la tenían los funcionarios coloniales de La Habana.<sup>2</sup>

El Departamento Oriental estaba subdividido, desde 1772, en nueve jurisdicciones: casi al centro de la Isla, Puerto Príncipe y Nuevitas; más al este, Bayamo, Manzanillo, Holguín y Jiguani; al sureste, Santiago (denominada también Cuba), Guantánamo y Baracoa.

Siete iglesias, la casa del gobernador y el Ayuntamiento, sede del Cabildo, eran las edificaciones más importantes de la cabecera del departamento, amén de un cinturón de fortificaciones levantadas para contrarrestar ataques de piratas y, sobre todo, de corsarios franceses e ingleses, naciones con las cuales España libraba continuas guerras.

La población estaba integrada por hacendados criollos y un buen número de peninsulares: militares, funcionarios y comerciantes; entre estos últimos primaba el elemento catalán, pero también había asturianos, andaluces y canarios. Una pequeña cantidad de esclavos rendía labores domésticas en las casas de sus amos. Los oficios de herrero, zapatero, músico y otros menos remunerados, se ejercían por mulatos y negros libres.

En las zonas rurales de la Jurisdicción de Santiago de Cuba vivían unos 6 000 esclavos, distribuidos entre un centenar de ingenios y trapiches de azúcar, unos pocos cafetales y varias decenas de estancias dedicadas al cultivo de frutos menores. Las haciendas ganaderas utilizaban pocos esclavos: la mayor parte de su mano de obra eran jornaleros blancos y mulatos o negros libres. Había también varios cientos de canarios que trabajaban reducidas parcelas —arrendadas o propias— y criaban ganado menor. La población rural la completaban negros y mulatos que vivían





de manera precaria en lugares apartados y ocasionalmente contratados para faenas rudas. Los dueños de ingenios y haciendas eran por lo general absentistas: residían en la ciudad o en Europa y dejaban a administradores y mayores la tarea de atender a los esclavos, los cultivos y el ganado.

La economía, pues, se asentaba en lo fundamental en la producción de azúcar y en alguna medida en la ganadería. Si el occidente de Cuba comenzaba ya a disfrutar de los beneficios de la economía de plantación, basada en la explotación de grandes dotaciones de esclavos con el consiguiente incremento de la trata y del volumen del comercio con el exterior, Santiago y el resto del Departamento Oriental vivían aún de pequeñas producciones con tecnología artesanal y destinadas al consumo local. Comúnmente, la única oportunidad de comerciar era el contrabando, sujeto a la mayor o menor benevolencia de los funcionarios de cada territorio.

Por otra parte, la vida cultural resultaba poco menos que nula: en la ciudad no había teatros, y sólo dos pequeñas orquestas brindaban algunos conciertos en la Plaza de Armas y en los salones de algunas familias acomodadas. Sin duda, la música era el exponente más interesante de la cultura espiritual: ya se evidenciaba una incipiente fusión de las raíces hispana y africana. También podía tomarse el pulso a una corriente de participación popular arraigada en tradiciones de fiestas religiosas y profanas, que años después daría su fruto más jugoso: el carnaval santiaguero.<sup>4</sup> Tampoco había periódicos: apenas en 1791 empezó a funcionar la primera imprenta.

Un investigador santiaguero caracteriza la situación de esta manera: “Un estado lastimoso presentaba la ciudad y sus alrededores. Esta situación se hacía





mucho más evidente (...) cuando la desamparada villa era objeto de azote por huracanes, temblores de tierra (como el horroroso terremoto ocurrido en 1766), o las recurrentes epidemias provocadas por las carencias de las más elementales prácticas higiénicas (...) La escasez de carne resulta una constante de toda esa época (...) Los puestos públicos como el de maestro o portero del Ayuntamiento, aun siendo sueldos muy modestos, no se pagaban durante años, y hasta el verdugo confrontaba dificultades para cumplir con su labor por carecer de ropas apropiadas”.<sup>5</sup>

La irrupción de los franco-haitianos removió hasta los cimientos el clima apacible de esta provinciana comunidad. Aunque resultaba frecuente el trato con contrabandistas ingleses y franceses, quizá los únicos inmigrantes que conocían los santiagueros de aquella época eran un hacendado irlandés, un comerciante alemán y un médico inglés. El impacto sociocultural que significó la llegada, en sólo 15 años, de unas 20 000 personas con costumbres y hábitos distintos, alteró todas las estructuras.

El más grande novelista cubano, Alejo Carpentier, describe así este singular encontronazo: “Mientras otros, más previsores en lo de sacar dinero de Santo Domingo, pasaban a la Nueva Orleans o fomentaban nuevos cafetales en Cuba, los que nada habían podido salvar se regodeaban en su desorden, en su vivir al día, en su ausencia de obligaciones, tratando, por el momento, de hallar el placer en todo. El viudo redescubría las ventajas del celibato; la esposa respetable se daba al adulterio con entusiasmo de inventor; los militares se gozaban con la ausencia de dianas; las señoritas protestantes conocían el halago del escenario, luciéndose con arrebol y lunares en la cara. Todas las jerarquías burguesas de la colonia habían caído





(...) Los notarios de otros tiempos copiaban papeles de música; los recaudadores de impuestos pintaban decoraciones de veinte columnas salomónicas en lienzo de doce palmos. En las horas de ensayos, cuando todo Santiago dormía la siesta tras sus rejas de madera y puertas claveteadas, junto a las polvorientas tarascas del último Corpus, no era raro oír a una matrona, ayer famosa por su devoción, cantando con desmayados ademanes:

*Sous ses lois l'amour veut qu'on jouisse,  
D'un bonheur qui jamais ne finisse!...\**

"(...) Por primera vez se escuchaban en Santiago de Cuba música de pasapiés y de contradanzas. Las últimas pelucas del siglo, llevadas por las hijas de los colonos, giraban al son de minués vivos que ya anunciaban el vals. Un viento de licencia, de fantasía, de desorden, soplaban en la ciudad. Los jóvenes criollos comenzaban a copiar las modas de los emigrados, dejando para los cabildantes del Ayuntamiento el uso de las siempre retrasadas vestimentas españolas. Ciertas damas cubanas tomaban clases de urbanidad francesa, a hurtadillas de sus confesores, y se adiestraban en el arte de presentar el pie para lucir primoroso el calzado".<sup>6</sup>

Entre los refugiados venían ingenieros, maestros, abogados, cirujanos, pilotos navales, geómetras, agrimensores, fundidores, relojeros, joyeros, médicos, farmacéuticos, sastres, toneleros, plateros, curtidores, tabarberos, herreros, zapateros, artistas plásticos, músicos, actores, cantantes, modistos, panaderos, reposteros y agricultores, muchos de éstos, expertos cultivadores de café; también, y esto era de todo punto

\* Bajo su imperio, el amor impone el disfrute/de un placer que jamás termina!...







inevitable, jugadores, estafadores, tratantes de blancas y contrabandistas.

...entre estos comercios se destacaron Coutonier, con su salón de peluquería; Dannell, que instaló una sastrería que recibía directamente por el puerto santiaguero, las nuevas creaciones provenientes de París; Mousquet, zapatero elegante; Laporte, sombrerero de moda; Lingerie, que con su establo de caballos y coches, cubrió una necesidad; Delmés, grabador que ha dejado más de un trabajo litográfico para la posteridad, y que estableció una cátedra de esta especialidad en el Seminario de San Basilio el Magno; Lamy y Collete, también grabadores, que abrieron una tienda para brindar esta producción; Pisany, que creó un taller fotográfico, por lo que introdujo el daguerrotipo en la zona oriental de la Isla; Fourcade, pintor y retratista, y Couturier, escultor, los cuales radicaron sus respectivos estudios; Adelaide Cavalier, quien fundó una escuela de música...”<sup>7</sup>



Muchos habían nacido en Saint-Domingue, pero una tercera parte de los blancos procedía, en primer lugar, del Bearn, Bretagne y Normandie; otros, de Anjou y Poitou. Algunos lograron traer consigo parte de los esclavos de sus casas y haciendas, pero la mayoría llegó a Cuba arruinada. Habían sido trasplantados violentamente de la colonia más floreciente del Caribe a una de las más atrasadas. Esta noticia, dada a conocer por Emilio Bacardí en sus *Crónicas de Santiago de Cuba*, resulta más que reveladora:

“1852

” VIOLÍN.- Doña María Gertrudis Creagh regala a su sobrino político Tristán Medina un violín, obra de Jacobus Steiner, 1615, que perteneció al violinista francés Tousemulen y propiedad después de Madame de Noailles, emigrada de Haití a esta ciudad, quien obli-





gada por la miseria lo vendió a la señora Creagh por la suma de cien pesos (sic)”<sup>8</sup>

Según Laureano Fuentes, compositor y violinista santiaguero, en los albores del siglo XIX, los franceses tenían una orquesta cuyo “instrumental lo componían: Patrats, Dancler, Moreau, violines; Roger, alto; Ammiot, *hautbois*; Saint Pierre, Florestain, *violoncelles*; Georges, *trompet en ut*; David, Nord, François, *premier, second et troisième cors*; Locouyer, *grande et petite flûtes*; Dubois, *clarinet, directeur*; Bernard Bason, *petit tambour et triangle*”.<sup>9</sup>

En poco tiempo, los refugiados comenzaron a hacerse sentir. La calle del Gallo, en el barrio de la Marina, se llamó en lo adelante la *Grand Rue* y también *Rue du Coq*; allí se abrieron casas de huéspedes, comercios, talleres y casas de modas. En 1799, en la céntrica calle de Santo Tomás, a unos pasos de la Plaza de Armas, los franceses inauguraron el primer teatro que tuvo esta población, donde se asegura que una tal madame Clarais cantó una *Jeanne D’Arc*; además, se representaron obras de Racine y de Molière.

“A aquella numerosa población extranjera importaba darles algún recreo y, no faltando entre ella muchos amaestrados en los dramas, se les inclinó a levantar un teatro provisional de guano,<sup>10</sup> pero lo ejecutaron con tal primor y arreglado al arte, que llamó toda la atención de la población, gastaron algunos miles de pesos en la obra, imitando a los mejores órdenes de arquitectura. Cubierto todo su interior de lienzo bien pintado, con cielos rasos (...) los empresarios antes de llegar a la octava maravilla de sus representaciones se hallaban reembolsados de sus costos (...) hubo un no poco número de afeminados mentecatos que, solo por ver los pasos de la Popot sobre las tablas, se les reunieron sus pesos (...) por-





que los industrioses franceses, a la espalda de cada palco, tenían aprontado un pregonero de Orchat Limonad (...) No necesitaron que el gobierno les diese Reglamentos y Ordenanzas para la policía interior del teatro, porque todos sabían guardar la compostura, y si algunos, por falta de principios, se cubrían la cabeza o fumaban, se levantaba la voz general contra él y en un despabilar quedaba reformado el abuso, sin haber contradicciones ni armar los ruidos que se ven en los nuestros, donde ninguno se acomoda a las privaciones, ni consulta a la práctica general de no hacer cosa que pueda mortificar a la sociedad”.<sup>11</sup>

En el lugar conocido como Loma Hueca, “otra sociedad de franceses inventó la formación de un laberinto, cercado de tablas, con un frontispicio majestuoso (...) hicieron sus figuras y sembrados en la tierra (...) y en su fondo fabricaron tejado de tejamaní que contenía de tres a cuatrocientas personas con cielo raso de lienzo y forrados de los mismos sus paredes, todo pintado al mayor gusto (...) se le dio el nombre de Tivoli; fabricaron, además, dos casillas en el mejor orden, donde servían todo género de comidas y bebidas, y con excelentes músicos y algunas señoritas francesas cantadoras, llevaron allí todo el pueblo francés bajo la contribución de un duro por entrada (...) y en dos meses habían sacado los inmensos costos de su obra y les quedó mucho sobrante para emprender muchas especulaciones”.<sup>12</sup>

El profesor Alain Yacou cita una descripción de este lugar: “El Tivolí francés tiene aceptación —escriben un refugiado—; las damas francesas y españolas rivalizan en sus vestidos. Este jardín admirablemente diseñado y en el cual la rica vegetación tropical no tarda en dar una sombra fresca y agradable, se ha convertido en punto de reunión de todas las sociedades”.<sup>13</sup>





Tanto en esta especie de *café concert* —donde se ofrecieron conciertos y escenas de ópera cómica—, como en el teatro, solía ocurrir un hecho curioso y demostrativo de la heterogénea filiación política de los refugiados: al finalizar las funciones, todos se levantaban, cantaban el himno de San Luis ¡y luego la *Marsellaise!*

El teatro de la calle Santo Tomás fue destruido por un incendio en 1812. Pero ya la afición por el arte dramático se había instalado en el corazón de los vecinos, tanto franceses como hispano-criollos. En diciembre de 1813, unos cómicos procedentes de La Habana inauguran un nuevo teatro. El periódico local *Miscelánea de Cuba* publica estos significativos anuncios:

“• *Pérdida*.- El Redactor suplica al que tuviese los cuatro primeros tomos del Teatro de Molière en francés, que le faltan de la obra, se lo devuelva o avise, para no procurarlos más (5 de febrero de 1814).

”• *Pérdida*.- Una manta color de (...) que se extravió el 13 del corriente, al salir de la comedia, en esta imprenta se gratificará al que la entregare (20 de febrero de 1814).

”• Esta noche se abren las funciones en el Coliseo, calle de Santo Tomás, y se principia por piezas patrióticas de mucho gusto. Entrada ordinaria (10 de abril de 1814)”.

El historiador santiaguero Ernesto Buch López asegura que antes de 1815 los franceses Juan Bautista Lahens, Pedro Giralt y Santiago Shombert, presentaron un proyecto para la construcción de un teatro en la ciudad.<sup>14</sup>

Un interesante estudio de la profesora María Elena Orozco demuestra cómo los inmigrantes devinieron el factor decisivo en la desruralización de Santiago, y





su conversión en núcleo urbano moderno. Dos barrios altamente diferenciados a finales del siglo XVIII, se fundieron en uno durante la primera década de la centuria posterior: “estuvo integrado por varias calles, entre ellas Gallo, Matadero Viejo, Teniente Rey, Barracones y Factoría”.<sup>15</sup>

Pero el ardor principal de los franceses recayó sobre las montañas cercanas a la ciudad.<sup>16</sup> Emilio Bacardí nos ofrece el siguiente dato:

“1796

”HABITANTES.- (Febrero) Se pide a S.M. que haga que las familias que salen de la isla de Santo Domingo, en vez de ir a la Habana, ciudad populosa, que aun no caben en ella sus propios habitantes, y que la caballería de tierra de sus campos vale mil pesos, vengan a esta ciudad que necesita crecido número de habitantes, y cuya caballería de tierra vale cien pesos, necesitando esta parte oriental de habitantes por su situación, frontera a las naciones extrañas (sic)”.<sup>17</sup>

Con toda probabilidad, el valor de una caballería en zona montañosa —la ideal para el cultivo del café— sería aún menor. Si a esto se añaden las facilidades crediticias y de otra índole, debidas a la favorable disposición de las autoridades del Departamento Oriental,<sup>18</sup> no resulta asombroso que hacia 1808 un anillo de decenas de cafetales rodee a Santiago de Cuba. Fomentadas en El Cobre, Ti Arriba, Cambute, Las Yaguas y la cordillera de la Gran Piedra, en las nuevas haciendas se emplearon técnicas de cultivo y beneficio muy superiores a las conocidas hasta entonces por los colonos santiagueros. Las casas de las fincas eran verdaderos palacetes con techos de tejamaní, hermosos jardines alrededor de los secaderos, ingeniosos acueductos de piedra, biblioteca, salón para conciertos y bailes, y un suntuoso mobiliario que hacían traer de Francia y Luisiana. En pocos años, los contrafuertes sur





y norte de la cordillera de la Gran Piedra se surcaron por anchos y sinuosos caminos que conducían a los cafetales cercanos a las cumbres. Ciertamente, el sistema de comunicaciones entre las haciendas de los franceses y el principal hacia Santiago, constituyen excelentes obras de ingeniería que aún conservan su solidez entre los peligrosos desfiladeros de la sierra.

Como muestra del impetuoso desarrollo cafetalero, vale la pena mostrar estas cifras: en 1803 se calculaba que la Jurisdicción de Cuba tenía 108 000 cafetos; en 1807, el monto era de un 1 100 000.

Con similar impulso, los emigrados fomentaron ingenios azucareros, plantaciones de añil y de cacao, vegas de tabaco y algodónales. El inventor Berenguer apunta: “Otros se dedicaban a la producción de frutas europeas: peras, membrillos, flor de altea (...) Propiciaron la aclimatación del melocotón, y el durazno (...) Santiago Danger introdujo el cultivo de la pimienta y la canela. Aumentaron hasta quince las variedades de plátano”.<sup>19</sup> El viajero Hippolyte Piron, mulato nacido en Santiago y formado en París, quien regresa a su ciudad natal por breve tiempo en 1859, realiza un recorrido por la cordillera de la Gran Piedra,<sup>20</sup> y relata: “La ruta trazada en la pendiente (...) bordeada a ambos lados por matas de plátano cargadas de sabrosos frutos (...) Las palmas alzaban sus troncos blancos y derechos hasta una altura prodigiosa (...) Los cafetos, que alcanzan mayor tamaño que en otros lugares, se encontraban entonces cubiertos con su blanco manto de flores fragantes. Producen el mejor café de la Isla. Los naranjos son enormes y dan unas frutas exquisitas (...) Se halla el durazno junto a la chirimoya, la pera cerca de la guayaba, la uva a algunos pasos del mango, las fresas por encima del anón y del zapotillo. Esta mezcla deliciosa nos encanta y nos prueba





que nos encontramos en la tierra prometida. El clima es tan fresco que por la noche nos vemos obligados a cubrirnos con frazadas. Un jardín cercano a la casa reúne un gran número de flores europeas”.<sup>21</sup>

En lo tocante a la fabricación del azúcar, los conocimientos de los franceses en la construcción de calderas de alta resistencia beneficiaron, incluso, a los propietarios hispano-cubanos. Entre 1792 y 1806, la producción de azúcar en esta región subió de 80 000 a 300 000 arrobas. Señala el historiador Ramiro Guerra: “Calcúlase que más de treinta mil personas en total pasaron a Cuba. La mayor parte de las mismas se estableció en la región oriental (...) pero no pocas se radicaron en otras partes de Cuba, Pinar del Río inclusive. Los inmigrantes franceses no sólo dieron gran impulso a la industria cafetalera; con sus superiores conocimientos industriales y agrícolas y su mayor cultura contribuyeron también a otros adelantos”.<sup>22</sup>

Además, introdujeron los cultivos de la aceituna y la manzana; desarrollaron la implantación de viñedos y la fabricación de vinos; enseñaron a los hijos del país el juego de billar y otros hábitos recreativos; establecieron casas de salud y fundaron escuelas primarias y talleres de artes plásticas.

De igual modo se comportaron los inmigrantes en Baracoa,<sup>23</sup> donde el paisaje montañoso y el clima resultaron propicios al desarrollo cafetalero. El investigador José Ignacio Castro narra un hecho encomiable sobre la presencia francesa en esta localidad: “Su población aumentó considerablemente con emigrados franceses, que huyendo de la muerte y de la guerra en Haití, se refugiaron en el puerto de Baracoa que era el más próximo que les quedaba en Cuba. Más de cien familias establecieron allí sus domicilios, mejo-





rando con una iniciativa industrial a aquella población que entonces amparaba a muchos corsarios españoles y franceses, que frecuentemente depositaban o vendían sus presas allí mismo (...)

”En 1807 los ingleses de Providencia intentaron sorprender atacando a Baracoa, pero no reservaron su proyecto bastante para que lo descubriera a tiempo don Prudencio Sotomayor (sic),<sup>24</sup> rico emigrado de Santo Domingo en Santiago, y se comunicara inmediatamente con el gobernador Sebastián de Kindelán, que se lo hizo saber precipitadamente al comandante en armas de Baracoa, don José Repilado. Este último recibió el aviso el 27 de julio de 1807, horas antes de que se presentaran a la vista un navío, una fragata y un jebeque. Con tal motivo, tomaron al momento las armas veinte hombres del regimiento de La Habana, sesenta milicianos y ochenta emigrados franceses, mientras la mayor parte del vecindario, como siempre, corría a evitar el fuego refugiándose en las alturas de Altamira”.<sup>25</sup>

En aquella ocasión, la aplastante victoria de los baracoenses sobre los ingleses se debió, en no poca medida, a la participación de los emigrados; algunos habían sido soldados, pero la gran mayoría había hecho armas en Saint Domingue contra los esclavos insurgentes.

En 1802, Louis de Belle-Garde y otros 15 colonos franceses adquirieron unas 1 600 caballerías en la zona de Santa Catalina de Saltadero, en lo que hoy conocemos como Guantánamo.<sup>26</sup> Belle-Garde fundó la Sociedad de Fomento Agrícola con sede en Santiago, cuyas acciones sobrantes llegaron a ponerse en venta en Europa. La región estaba prácticamente virgen y casi deshabitada. Los flamantes hacendados trabajaron duro, y en pocos años, los terrenos exhibían algodo-







nales, plantaciones de añil, cafetales, cañaverales y algunos pequeños ingenios o fábricas de azúcar. Fuentes de mediados del siglo XIX aseguran que en 1830 había allí más de 60 algodonales, lo que se corresponde con las 80 000 arrobas de fibra de algodón exportadas en 1836.

El profesor Yacou nos revela algo que puede parecer insólito, pero que demuestra la fuerza de la comunidad francófona: “los refugiados pudieron contar en Santiago con la existencia de un organismo oficial cuya dirección estaba enteramente en manos de los representantes del gobierno francés: la Agence des Prises de la Guadeloupe, la cual, concebida como un tribunal de bienes capturados por corsarios, va a desempeñar el papel de un verdadero consulado (...) Los registros de la agencia dan amplia fe de las atribuciones administrativas de este organismo y prueban su papel como elemento motor de la reconstitución en Santiago de Cuba de la sociedad criolla despertada y conmovida en sus cimientos por el traumatismo de la Revolución”.<sup>27</sup>

Entre las anécdotas recogidas por el historiador Callejas hay dos que dan muestras del carácter emprendedor de los inmigrantes: una cuenta cómo un francés excavó hasta encontrar agua potable, amuralló el pozo e hizo mucho dinero vendiendo el agua; otra refiere que un hacendado cafetalero había comprado tierras y esclavos con el producto de la venta de bledos y otras hojas silvestres para hacer el plato que denominaban *calalú*.<sup>28</sup>

En algo más de una década, los franceses habían demostrado su empuje y sus deseos de quedarse definitivamente en Cuba.

Treinta años más tarde, el viajero Mr. Jean Baptiste Rosemond de Beauvallon, no obstante la clara





intención poética y el calor de sus propios sentimientos, nos describe con abrumadora certeza: “Pero lo que más asombra al ver esos cafetales suspendidos en las cimas o en los flancos de las montañas, o hundidos en las profundidades de los acantilados, es que se les haya ocurrido a esos hombres establecer en lugares como éstos sus moradas, sus fortunas, su porvenir. No es cierto que sea desagradable habitar en la montaña, hoy que su soledad está poblada por lindas mujeres y sus precipicios han desaparecido bajo las riquezas de la agricultura. Pero debe pensarse que no siempre ha sido igual, que lo que hoy está cubierto de cafetales, fueron bosques impenetrables todavía no hace muchos años; hay que pensar que para llegar hasta allí los emigrados de Saint-Domingue se vieron obligados a abrirse paso con el hacha en una mano y la brújula en la otra, donde ningún ser humano había penetrado antes que ellos, por montañas erizadas de bosques y cortadas por abismos.

”Desde que sobrepasaron esas dificultades, esas imposibilidades quisiera decir, nada debía, nada podía detenerlos. Ellos sembraron el trabajo y recolectaron la abundancia en esos mismos lugares que la naturaleza parecía haber prohibido a los hombres. Al ver la montaña transformada así por sus esfuerzos gigantescos, uno se descubre ante esta obra de genio y de audacia, que hubiera sido insensata de no haber sido sublime”.<sup>29</sup>

## Notas

<sup>1</sup> Continuando con las fuentes citadas en la nota 9, pp. 12-13. La Habana tenía en esa fecha unos 76 000 habitantes. Por tanto —si





aplicamos nuevamente el 57 % de aumento para toda la Isla—, en 1791 podría haber sobrepasado los 100 000 (lo cual no ocurrió así en realidad).

En cuanto a Santiago, ya hemos dicho que el censo de 1792 —a esa altura podrían haberse acercado unos mil franceses— arrojó 20 761 habitantes. Una vez más, no podemos precisar si se refiere a la ciudad o a toda la jurisdicción. Olga Portuondo, ob. cit., p. 95.

<sup>2</sup> “La ciudad, en una petición al reino, con fecha 3 de marzo de 1789, se queja de las ventajas que recibe La Habana en relación al comercio entre Europa y América, y recuerda que, además de haber perdido la Capitanía General de la Isla, ha sufrido otros daños referidos al comercio”. Abelardo Estrada: “Estudio de un libro, su autor y órbita de ambos”, en Laureano Fuentes: *Las artes en Santiago de Cuba*, p. 30.

Acerca de la situación de Santiago respecto de La Habana, hay decenas de otras referencias en las *Crónicas...* de Bacardí, tomos I, II y III.

<sup>3</sup> Recogido en sus *Crónicas...* por Bacardí, este canto fue lanzado de una comparsa a otra en unos carnavales del siglo XIX. Era —y continúa siendo— costumbre que cada comparsa (a principios del siglo XXI hay una decena, pertenecientes a otros tantos barrios) componga coplas que por lo general se relacionan con asuntos de actualidad y suelen comportar una fuerte carga social. Cfr. Bacardí, ob. cit., t. II, p. 471.

<sup>4</sup> La apropiación, por parte del pueblo llano —blancos pobres, negros y mulatos libres, y esclavos—, de las festividades y de todo tipo de celebración religiosa y profana, facilitó el trasvasamiento de formas de expresión entre unas y otras. La procesión del Corpus Christi, con un significativo peso sociocultural en la vida santiaguera desde el siglo XVI hasta principios del XIX, desarrolló una compleja estructura en el orden de su desplazamiento por las calles, convirtiendo el hecho religioso en una narración dramática singularísima. Esta estructura fue heredada por las comparsas del carnaval santiaguero, que empiezan a manifestarse con fuerza a mediados del siglo XIX y alcanzan su expresión más acabada entre 1960 y 1990: el carnaval de Santiago de Cuba llegó a considerarse, en estos años —como expresión dionisiaca de la cultura popular—, uno de los más importantes de América, después del archifamoso carnaval de Río de Janeiro.

“El musicólogo cubano Pablo Hernández Balaguer nos regala este párrafo: “El vecindario de Santiago participaba jocosamente en la





festividad del Corpus, y en ella la música y el baile producían un clima casi carnavalesco en torno a la celebración. A las calles salían mujeres en trajes llamativos ciñendo deliciosamente las formas femeninas, y bailaban al compás de la música procesional, donde, parece ser, por las quejas del obispo García de Palacios, no se escuchaban totalmente los sones procesionales, sino también, y paralelamente quizás, cantos y músicas no tan severas”. *El más antiguo documento de la música cubana y otros ensayos*, p. 47.

Para el guión cinematográfico “El camino de Santiago” basado en el relato homónimo de Alejo Carpentier, escribí este pasaje: “se aproxima un grupo de indios con tamboriles y varios negros con sonajas y tambores rústicos. Los disímiles ritmos se entremezclan de manera infernal. Tras ellos, un pendón llevado por un niño mulato anuncia la Octava del Corpus Christi. A su lado, bastante desgarrado, Juan de Amberes toca un redoblante, extrayéndole un aire solemne y llamativo (...) Tras el pendón y el tambor se desplaza una comparsa de tigres, leones y otras fieras, burdamente representadas, que escoltan la larga y grotesca figura de la serpiente Tarasca, sobre cuya cabeza se tambalea, a horcajadas, el monigote Tarrasquillo. Les siguen un grupo de arcángeles y diablos enzarzados en teatral batalla. Por fin, un sacerdote de casulla blanca y dorada trae el cuerpo de Cristo, en cáliz estrellado; a su lado, dos acólitos, el uno balanceando un incensario, el otro con una cubeta para el agua bendita. A continuación, dos filas de chantres que entonan salmos en un dudoso latín, escoltados por varias decenas de fieles, casi todos representantes de la alta jerarquía civil. Cierra la procesión un abigarrado grupo de mendigos, mutilados, ciegos y dos o tres solitarios leprosos...”.

Sobre esta interesante comunión entre lo religioso y lo profano, entre procesiones y comparsas, puede consultarse a Joel James: “Cabildo Teatral de Santiago: aproximación al carnaval”, en *En las raíces del árbol*, pp. 13-42.

<sup>5</sup> Jorge Berenguer Cala: *La inmigración francesa en la jurisdicción de Cuba*, pp. 27, 28.

<sup>6</sup> Alejo Carpentier: *El reino de este mundo*, pp. 64-66. Sin lugar a dudas, este pasaje fue inspirado por los apuntes de José María Callejas, recogidos por el profesor Fernando Ortiz y convertidos en el libro *Historia de Santiago de Cuba*, publicado en La Habana, en 1911.

En la página 68 de él, se lee: “Muchas señoras francesas, de educación, establecieron sus escuelas de dibujo, bordado y de su par-





ticular idioma, y con este arbitrio, reinaba la abundancia en sus casas, otras enseñaban la geografía, la música, el baile, y sacaron excelentes discípulas (en cortesías y en el modo de presentar el pie para lucir el primoroso calzado), otras en el ejercicio del piano, daban sustento a sus hijos, pagaban sus deudas y ponían dinero a interés...”.

El cronista Callejas es una fuente de alta confiabilidad. Nació en el poblado de El Caney, a sólo seis kilómetros de la ciudad de Santiago de Cuba, donde se crió y estudió. Entró al servicio de las armas y viajó a España en 1802. Volvió a Cuba en 1810 y fue destacado como jefe de artillería en Santiago entre 1815 y 1823, en pleno auge de la presencia francesa. Fue, por tanto, testigo de casi todo el período que nos ocupa. Murió en La Habana, víctima del cólera, en 1833.

<sup>7</sup> Estrada, ob. cit., pp. 31, 32.

<sup>8</sup> Bacardí, ob. cit., t. III, p. 21.

<sup>9</sup> Fuentes Matons, ob. cit., p. 284.

<sup>10</sup> Se trata de las pencas o ramas erizadas de hojas en forma de abanico de todo tipo de palmas. Su utilización para techar es herencia de los taínos, primitivos habitantes de Cuba y de buena parte del Caribe, pertenecientes al tronco arauaco. Todavía se usan en el techado de las casas de curar hojas de tabaco, durante el proceso de producción de los aromáticos y mundialmente famosos habanos.

<sup>11</sup> Callejas, ob. cit., pp. 67, 68. Este teatro funcionó hasta 1812, año en que fue destruido por un incendio.

<sup>12</sup> *Ibidem*, 69.

<sup>13</sup> Lemonnier Delafosse: *Seconde campagne de Saint-Domingue*, p. 102. Cfr. Yacou, ob. cit., pp. 79, 80.

<sup>14</sup> Ernesto Buch López: *Santiago de Cuba, ciudad de heroísmo y de leyenda*, p. 78.

<sup>15</sup> María Elena Orozco: *Presencia francesa e identidad urbana en Santiago de Cuba*, p. 20.

<sup>16</sup> La cuenca que forman el asentamiento urbano y la bahía de Santiago de Cuba, no es más que una pequeña herida abierta al centro-sur de la conocida cordillera de la Sierra Maestra, que se extiende de este a oeste como un cinturón de 250 kilómetros de largo y unos 30 de ancho, en la zona meridional del oriente cubano.





<sup>17</sup> Bacardí, ob. cit., t. I, p. 258.

<sup>18</sup> Tanto Juan Bautista Vaillant, gobernador del Departamento Oriental entre 1788 y 1795, como su sucesor más conspicuo, Sebastián de Kindelán —gobernó entre 1799 y 1810—, demostraron sobradamente su inclinación a favorecer el asentamiento de los emigrados franceses; sobre todo, si eran blancos y agricultores o tenían alguna profesión. El investigador Berenguer comenta: “Resulta significativo que las autoridades españolas no aceptaran ninguno de los exiliados militares, contrastando con la acogida ofrendada al elemento civil. Las tropas del vizconde de Noailles llegadas a Baracoa, como las del general Lavalette arribadas al puerto de Santiago de Cuba, no fueron socorridas como los otros emigrados”. Ob. cit., p. 53.

<sup>19</sup> *Ibíd.*, pp. 83, 84.

<sup>20</sup> La cordillera de la Gran Piedra forma parte de la Sierra Maestra y se extiende desde el este de Santiago hasta las cercanías de la bahía de Guantánamo. Toma el nombre de su elevación más alta (1 250 m), coronada por una enorme roca perfectamente identificable desde decenas de kilómetros de distancia. Los científicos aducen que se trata de un meteorito. Está situada en el territorio del cafetal La Isabelica, hoy restaurado y conocido popularmente como “museo de los franceses”. El enclave turístico allí existente se integra de manera ideal al paisaje y se compone de motel con hermosas y confortables cabañas, restaurantes, cafetería, bares y jardín botánico, además del museo. Los paisajes que se divisan desde cualquiera de sus cuatro laderas son verdaderamente impresionantes. Una moderna carretera de unos 20 kilómetros une este sitio con la ciudad de Santiago de Cuba.

<sup>21</sup> Piron, después de recorrer Santiago y sus alrededores, inició un viaje por la Isla que culminó en La Habana. El libro de viajes resultante, *L'île de Cuba. Santiago, Puerto Príncipe, Matanzas et La Havane*, se publicó en París en 1876, y se reeditó en 1886 y 1898. Para este estudio hemos consultado una reciente edición cubana: *La isla de Cuba*. El relato transcrito está en las pp. 148, 149.

<sup>22</sup> Guerra, ob. cit., p. 212.

<sup>23</sup> Conocida como la ciudad primada de Cuba, Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa se fundó en 1512 por conquistadores españoles provenientes de La Española (Haití). Está situada al costado de una pequeña bahía cercana a la punta de Maisí, punto más oriental de Cuba, a sólo 77 kilómetros de Cap Haitien. Rodeada de





montañas de caprichosas formas; surcada por caudalosos ríos que no han sufrido el embate contaminador de la “civilización”; montañosa, selvática y desértica a la vez, la región baracoensa resulta una de las más hermosas del Caribe.

<sup>24</sup> El historiador cita erróneamente el apellido. Se refiere a Prudence o Prudente Cassimajour, nacido en junio de 1773 en Sauve-Terre, Bearn, que castellanizó su nombre en Cuba y se conocía como Prudencio Casamayor. Había hecho fortuna en Saint-Domingue y en 1798, recomendado por el representante del Directorio, Hedouville, se trasladó a Baracoa como agente comercial de Francia. En 1805 se estableció definitivamente en Santiago, donde obtuvo carta de ciudadanía en 1809. Fue uno de los primeros en comprar tierras para arrendarlas luego a compatriotas emigrados con menos recursos. También se dedicó al comercio, la agricultura y la minería; durante años fue el hombre más rico de la comunidad francesa. Juan Pérez de la Riva insinúa que pudo también haberse dedicado al corso (ob. cit., p. 337). Casamayor murió en la opulencia el 18 de marzo de 1842 en Santiago de Cuba.

<sup>25</sup> José Ignacio Castro Lores: *Baracoa, apuntes para su historia*, pp. 48, 49.

<sup>26</sup> Guantánamo es nombre indígena. Comprende una vasta región que ocupa el extremo más oriental de Cuba. Su territorio es —como el de Santiago— básicamente montañoso, aunque tiene en su centro una cuenca que se extiende de norte a sur y allí termina en una de las bahías más grandes de la Isla, desaprovechada durante todo el siglo xx y aún hoy por la presencia allí de una base naval norteamericana.

La ciudad de Guantánamo, hoy capital de la provincia del mismo nombre, tiene 300 000 habitantes y aunque su fundación oficial resulta aún materia de discusión para los historiadores, en 1822 empezaron a trazarse calles, se levantó una iglesia y se abrió una plaza alrededor de la cual se asentaron unas 60 familias, buena parte de ellas, francesas.

Estos inicios, evidentemente, fueron posibles gracias al impulso económico que dieron los galos a esa región. Hoy es el territorio cubano que exhibe en sus listas de electores para las asambleas municipal y provincial el mayor porcentaje de apellidos de origen francés.

<sup>27</sup> Yacou, ob. cit., p. 76.

<sup>28</sup> Callejas, ob. cit., p. 69.





<sup>29</sup> Jean Baptiste Rosemond de Beauvallon: *La isla de Cuba*. Edición cubana tomada de la francesa de 1844. Este escritor había nacido en Guadalupe en 1819 y radicaba en París desde niño. Arribó a La Habana en el verano de 1841 y recorrió la Isla de oeste a este, hasta Santiago de Cuba, donde partió hacia Francia por el mes de junio de 1842.







## ***La vi va pa bén...***

### *La vi va pa bén...\**

No pocas dificultades tuvieron que enfrentar los inmigrantes para asentarse en el país. Al secular chovinismo español, uníase la desconfianza de las autoridades con respecto a las ideas liberales que pudiesen introducir algunos refugiados. Ya en 1798 sesionaban clandestinamente en Santiago los talleres masónicos *La Perseverante* y *La Concorde*, bajo la obediencia de la Gran Logia de Francia. Un monsieur L'Elise, Gran Maestro masón procedente de Luisiana, fue expulsado en 1804. De hecho, los movimientos de los francmasones inquietaban las pupilas inquisitoriales de los representantes de la jerarquía eclesiástica de la colonia. Este natural temor aumentaba cuando se trataba del ingreso a la Isla de hombres de color, ya fuesen libres o esclavos de amos franco-haitianos. El historiador José Luciano Franco cita dos oficios reservados de fines de 1798, dirigidos por el conde de Santa

---

\* La vida no está buena... (*patois cubain*).





Clara, capitán general de Cuba, al gobernador del Departamento Oriental, a la sazón don Isidro de Limonta: “Como puede suceder que de resultas de la evacuación que han hecho los Ingleses en el Muelle de San Nicolás, y de Jeremías en la Isla de Santo Domingo, pasen a esa plaza o pueblos de su distrito algunos franceses en clase de emigrados exponiendo motivos que les hacen retirar de aquel territorio, encargo a V.S. esté muy a la mira de esto para no admitir a individuo alguno de esta especie, sin que tenga V.S. conocimiento intuitivo de sus cualidades que le hagan acreedor a semejante acogida, a reserva de lo que S.M. tenga a bien determinar sobre lo que le he representado en la materia, remitiéndome V.S. desde luego una relación individual de los franceses que de dicha clase se hallen ya en esa Ciudad y demás lugares de su jurisdicción con noticia de sus nombres, oficios, naturalidad, y día de arribo para la providencia que corresponda en el asunto (sic)”.<sup>1</sup>



Este oficio es del 15 de noviembre. Pero el del 4 de diciembre del mismo año resulta más drástico. Se transcribe sólo un fragmento: “y no conviniendo se admitan y avecinden gentes en ellas cuyas opiniones puedan perjudicar a la seguridad del Estado, prevengo a Vmd. que las advierta desde luego que se presenten, si fuesen blancas, que el asilo es momentáneo: que no crean que el Gobierno les permitirá continua residencia: que tampoco les dará establecimiento ni socorros; y que a la primera ocasión han de transferirlas a las Islas de Barlovento o Sotavento, pertenecientes a la República Francesa; celando Vmd. con la mayor vigilancia que no se introduzcan furtivamente por algún surgidero inmediato, y obligando a los dueños de las casas donde se alberguen a dar luego noticias a la justicia con sus nombres, y el que no





lo ejecute se le castigará con la seguridad debida a su exceso. En cuanto a la gente de color que proceda de aquella Isla, o de otras de los franceses, se les pondrá en la Cárcel en el momento que desembarquen, y se precisará al que los haya traído se los lleve sin admitir excusa ni demora, ni omitiendo diligencia alguna que conduzca a descubrir los que los hayan esparcido en esa Jurisdicción, y practicando con ellos lo mismo que con los antecedentes, aunque estén en poder de gentes pudientes, que deben perderlos porque no debían ni podían comprarlos, esto después que declaró el Rey la guerra a Francia en 1793 (sic).<sup>2</sup>

Otro capitán general, el marqués de Someruelos, escribía también en oficio reservado a don Sebastián de Kindelán, nuevo gobernador del Departamento Oriental, el 29 de agosto de 1800: “y como la materia pide por su gravedad la mayor atención en las presentes circunstancias y, mucho más por irse aumentando demasiado la emigración de la gente de color, encargo a V.S. que de ninguna manera admita más individuos de esta clase, y los buques que lleguen en lo sucesivo con tales pasajeros y aleguen sus capitanes tener necesidad de algunos auxilios para su subsistencia, hará V.S. se les faciliten inmediatamente los precisos de hospitalidad para que sin pérdida de tiempo sigan a donde tengan por conveniente, pues de ninguna manera conviene la entrada de más gente de color...”<sup>3</sup>

Pero las autoridades del Departamento Oriental no pusieron en práctica estas restricciones, salvo en muy contados casos. Por lo general, lo que podía ser beneficioso o perjudicial para el occidente de Cuba, hacía ya muchos años que se manifestaba de manera contraria en el oriente. El atraso de este territorio reclamaba una inyección de fuerza humana con ideas





nuevas y horizontes culturales más amplios, que La Habana no quería o no podía prestar.<sup>4</sup> En consecuencia, sin dejar de sentir sobre ellos la presión que constituían una fuerte vigilancia y la sujeción a engorrosos trámites burocráticos, los emigrados fueron percatándose de la existencia de un tácito pacto de apoyo mutuo, suscrito por los gobernadores y alcaldes de aquella etapa. Por ello, intensificaron sus esfuerzos y se hicieron cada vez más imprescindibles al proceso de desarrollo de la región y, en particular, de la ciudad de Santiago de Cuba.

Como es de suponer, no faltaron tampoco la envidia y la acción de bajas pasiones que despertaron en algunos comerciantes y hacendados criollos y españoles.

En agosto de 1808, al conocerse en Cuba el apresamiento en París del rey español Fernando VII, la invasión napoleónica a España y su ocupación, así como la asunción a la monarquía ibérica de José Bonaparte, el gobernador Kindelán recibió un decreto del Capitán General de la Isla en el cual se ordenaba la expulsión de los franceses que no estuvieran dispuestos a naturalizarse españoles y jurar lealtad al rey prisionero. No obstante el tono perentorio de la primera parte del documento, más adelante se le concedía a Kindelán la facultad de actuar con la discreción y sensatez que le aconsejaran el conocimiento directo de su territorio y los inconvenientes que pudieran derivarse de tal medida: “y con respecto de los franceses que existan en ella para que con la discreción que corresponde el caso presente se evite en tiempo que haya ocurrencia contra los buenos franceses, pues para los que no convenga su permanencia aquí, tomará las providencias que juzgue oportunas para la salida del país inmediatamente”.<sup>5</sup>





Pero la reacción de los xenófobos no se hizo esperar: grupos de militares y civiles se lanzaron a las calles de la ciudad para abusar de los emigrados. Varios establecimientos y casas de vecindad fueron saqueados e incendiados; empleados y moradores golpeados y vejados. El santiaguero Callejas relata: “Una plaga de pasquines y papeles insidiosos aparecía cada día sobre las puertas de los templos, plazas, calles y casas; en ellas se acusaba al gobierno de no haber desarmado a los franceses; de haberles hecho partícipes de las gracias del comercio y pesca y de haberlos empleado en la agricultura (...) para robustecerlos y darles más superioridad contra los naturales (...) que se toleraban con publicidad logias masónicas y, finalmente, que el señor Gobernador había aceptado de los franceses el Cordón de la Legión de Honor (...) Reconociéndose por los enemigos del orden que los pasquines y papeles sediciosos no tenían eficiencia para turbarlo, apelaron al horrendo y espantoso recurso de incendiar los alojamientos de los franceses que se hallaban la mayor parte unidos al costado de la bahía y sobre la meseta de Loma Hueca”.<sup>6</sup>



Kindelán hizo cuanto pudo para evitar lo que significaría, con toda seguridad, un descalabro económico y cultural: tomó medidas contra los exaltados hispanófilos, trató de contener a los franceses más emprendedores que se marchaban por decenas con sus familiares y soportó con estoicismo los ataques de sus enemigos, entre quienes se encontraban el arzobispo Osés y un grupo de militares de alta jerarquía.<sup>7</sup>

Ocho meses después de recibida la orden del Capitán General, en abril de 1809, acusado de bonapartista y afrancesado, Kindelán hizo público el edicto de expulsión. Unos 9 000 franceses embarcaron, preferentemente hacia Nueva Orleans.<sup>8</sup>





Algunos cafetales, ingenios, comercios y talleres se vendieron a precios de remate; otros, traspasados a familiares naturalizados o a amigos de la comunidad hispano-cubana; en determinados casos, los bienes fueron embargados. Pero la mayoría de los expulsados llevó consigo muchas de las riquezas de que disponían. “Kindelán consintió, por su identificación y compromiso con los intereses de los emigrados, a que éstos cargaran con sus bienes muebles. Muchas de estas fincas quedaron desmanteladas al cargar con sus capitales y sus esclavos, y necesariamente fueron a la ruina sin fuerza de trabajo suficiente”.<sup>9</sup>

Unos 6 000 franceses quedaron en la jurisdicción: más de la mitad por haberse naturalizado; el resto, acogido a las promesas de protección de Kindelán, quien un año después fue sometido a juicio y sustituido. Sobrevino entonces un período de franca decadencia para Santiago de Cuba, aunque afortunadamente no duró mucho.

A fines de 1812, al ser derrotados los ejércitos de Napoleón en Madrid y Cádiz, y conocerse en Cuba la huida de José Bonaparte, todas las prohibiciones se levantaron y los expulsados comenzaron a regresar de Nueva Orleáns, primero en pequeños grupos, y luego en tal magnitud, que el padrón concluido el 8 de noviembre de 1813 arrojó una cifra de 29 154 habitantes en la ciudad cabecera del Departamento Oriental.<sup>10</sup> Casi todos los que retornaron recuperaron sus tierras y reemprendieron sus negocios. En lo adelante no serían molestados.

Puede resultar extraño que miles de personas abandonasen Nueva Orleáns, una ciudad rica y cosmopolita, para regresar a Santiago de Cuba. Este aparente desatino se explica porque Luisiana había sido cedida en 1803 a Estados Unidos por Napoleón, a cambio de que le dejaran las manos libres en Centro y





Sudamérica. Nueva Orleáns y Baton Rouge habían sido rápidamente invadidas desde el norte por una gavilla de buscadores de fortuna, contrabandistas, usureros, jugadores profesionales y bandoleros de toda especie; la nueva administración yanqui presionaba a los colonos franceses con decretos leoninos para productos como el algodón y el azúcar, mientras otorgaba a los productores nacionales toda clase de facilidades. La discriminación era evidente: los norteamericanos recién llegados de todas partes, lejos de propiciar la integración con la comunidad francófona, despreciaban a sus miembros y se negaban a entender otra lengua que no fuera el inglés. En consecuencia, el regreso a Santiago de Cuba resultó masivo y no sólo de aquellos expulsados en 1809: en su retorno, los inmigrantes arrastraron a muchos franceses que residían hacía tiempo en la próspera colonia luisiana y que querían escapar de la voracidad yanqui.



Afirma la doctora Portuondo: “El regreso masivo de inmigrantes franceses en virtud de los tratados firmados en los primeros años de la década del 10 del siglo XIX entre España y Francia, desde Nueva Orleáns, la Florida y otros lugares de Estados Unidos, inició una etapa de fomento cafetalero. Nuevas regiones fueron invadidas en las montañas de la jurisdicción para el cultivo de este grano y su fomento motivó la apertura de caminos en la Sierra Maestra...”<sup>11</sup>

Un asiento que aparece en las *Crónicas...* de Emilio Bacardí, fechado en noviembre de 1813, dice:

“CAVIN.- María Francisca Cavin es declarada española de más de diez años de residencia”.<sup>12</sup>

A todas luces, madame Cavin encabezaba una de las 1 000 familias que no habían sido deportadas a Nueva Orleáns. Esta otra noticia reviste mayor interés por su ejemplaridad:





“Enero de 1857

”DESTOURNELLE.- Fallece en su residencia, a cuatro leguas de esta ciudad, la Sra. Doña Genoveva Charpentier Legendre, viuda de Don Juan Bautista Destournelle. Nació en la opulencia y murió en un bohío; emigró de París; emigró de Haití; emigró de Nueva Orleáns con su esposo, fallecido también en Santiago de Cuba. Contó en París con dos hermanos, hombres de letras, que figuraban en la Asamblea Constituyente en 1789, víctimas después de la guillotina (sic)...”.<sup>13</sup>

En años posteriores, los documentos recogen el arribo a las ciudades del suroeste de Cuba de centenares de franceses provenientes de Santo Domingo, Nueva Orleáns, Canadá y de la propia Francia. Según la investigadora Laura Cruz, la región de Aquitania aporta más inmigrantes a Santiago, a través de los puertos de *Nantes*, *Marseille* y *Bordeaux*, aunque este último se lleva las palmas con un mayor porcentaje, lo que puede determinarse por la declaración de procedencia que hacían ante las autoridades coloniales de la ciudad. Por ello, “la antigua jurisdicción de Cuba [Santiago de Cuba, *N. del A.*] y la ciudad de Bordeaux se entrelazaron de tal forma que llegaron a constituir una unidad de acción y cooperación mutua económico-social. De esta interrelación se materializó la exportación de los principales renglones económicos santiagueros para Bordeaux y otros lugares de Europa, y de ésta nos llegaron sus adelantos, conocimientos, costumbres, mercancías, comercio; favorecidas todas por el activo intercambio entre los puertos de ambas ciudades”.<sup>14</sup>

Desde la tercera década del siglo, la flota mercante francesa del Caribe envía cada año alguno de sus barcos a Santiago: traen vino, *champagne*, tejidos,







sombreros, calzado, medicamentos, herramientas, aceite, frutas; retornan con azúcar, café, cobre, tabaco, y las exóticas frutas del trópico. Pero en 1843 se establece formalmente una ruta naviera Bordaux-Antillas francesas-Santiago-Bordeaux: “En el vapor de guerra francés *Gomer*, llega una comisión del gobierno francés compuesta por el Inspector General de Hacienda, el Subsecretario de Marina, un Cónsul de Primera —delegado del Ministerio de Estado— y dos secretarios con el fin de establecer una línea de vapores franceses que, recorriendo las Antillas, toque en Santiago de Cuba”.<sup>15</sup>

Bordeleses eran los Lestapís, banqueros y comerciantes; Fretetau, Mollan, Daurvet y Lemais, cafetaleros; Videau de Pomerait, Guinaud, Megret y Ribeaux, importadores de maquinarias y herramientas. La investigadora Cruz nos habla de las casas de salud fundadas por las enfermeras bordelesas Marie Thomas, Virginia Buesan y Marianne Laviguell. Y de cómo nos llegaron de Bordeaux técnicas como la galvanografía, la tipografía y la galvanoplastia, a través del señor Eugenio Lacroix.<sup>16</sup>

Para tipificar la condición de los inmigrantes del período 1815-1860, resulta indispensable reseñar los días santiagueros de François Antomarchi:

“Agosto 1938

”ANTOMARCHI.- (3 de agosto) Fallecimiento, a consecuencia de la fiebre amarilla, del doctor François Antomarchi, en la casa morada del brigadier D. Juan de Moya y Morejón (...) Al doctor Antomarchi se le hizo entierro de coronel, con fuerzas y descargas de ordenanza. Había nacido en Córcega en 1780. El cardenal Foch, tío de Napoleón I, lo encaminó a la isla de Santa Elena para que cuidase al emperador, permaneciendo en dicha isla hasta 1821, muerte de Napo-





león. Después de viajar por Europa, pasó a América, visitó México, La Habana y atravesó toda la isla de Cuba, fijó su residencia en Santiago, quizás por ser esta ciudad centro de una gran colonia de franceses procedente de Haití, de Nueva Orleans y de la misma Europa, y entre los de este último lugar gran número de oficiales y soldados de Napoleón el Grande, establecidos la mayor parte en fincas de café y cacao en los feraces campos de Cuba. Fue enterrado en el cementerio de Santa Ana, en la bóveda del marqués de las Delicias de Tempú (sic).<sup>17</sup>

Unos meses antes de su fallecimiento, el doctor Antomarchi había solicitado al Ayuntamiento camas y personal adecuado para continuar su obra de atención a indigentes. Sobre la familia de Antomarchi, Olga Portuondo nos ofrece información de singular interés: “Madame Catalina Chaigneau Antomarchi y Mr. Antonio Antomarchi, madre e hijo, quienes abrieron, respectivamente, casas de educación para uno y otro sexo en 1829...”<sup>18</sup>

E inserta una reproducción de un anuncio en un periódico, que reza:

“*Prospectus*. Madame Ve Antomarchi, récemment arrivée de France, a l’honneur de prevenirles pères et mères de famille, qu’elle veut d’ouvrir, dans cette ville, une maison d’éducation pour les jeunes demoiselles”.<sup>19</sup>

Por su parte, Hippolyte Piron nos brinda esta consideración: “Lo que había hecho venir al doctor [Antomarchi, *N. del A.*] a Cuba, no fue sólo el azar de sus viajes ni el propósito de ganar dinero, fue también el deseo de ver de nuevo a un hermano (...) Este hermano, durante largos años mantuvo una escuela y formó alumnos que dieron a conocer en forma honorable el apellido Antomarchi en Cuba”.<sup>20</sup>





Todo parece indicar que Piron se refiere a Mr. Antonio Antomarchi. Aunque resulta improbable que el doctor fuese hermano de éste e hijo de madame Catalina Chaigneau.

Por lo demás, el lector debe conocer que este apellido es bastante común en Santiago de Cuba, aún en los albores del siglo XXI.

Las *Crónicas...* de Bacardí, a partir de 1813, mencionan casi un centenar de franceses en sólo diez años: retornan de Nueva Orleáns Jean y Antoine Favier; y Pierre y Antoine Cheradame; María Magdalena Petit, viuda de Jean Baptiste Manet, se ha naturalizado; Gabriel Ivonnet y Lorenzo Mounier son ingenieros hidráulicos; Jean Ancoïn es un carpintero que viene de Bordeaux (1813); Julién y Jean Baptiste Megret regresan de Nueva Orleáns a ocuparse de su hacienda cafetalera; el doctor Delaunay, médico; se establece el panadero Santiago Beltrán; Henry Martín, albañil; Claude Boula, sombrerero y sastre (1814); Jean Baptiste Genoa, agrimensor procedente de Nueva Orleáns (1816); Auguste Delange enseña a escribir según el método de Sprangh (1820); Esteban Santiago Espinar es agrimensor; Guerdou Doubourg, cirujano médico; Francisco Caignet, hacendado (1822); Francisco Caperre viene de Bordeaux; Plácido de Laudre, de Homery; Julien Paqué, de Nancy; Miguel Rouvant, de Normandía; Sulpicio Dodé (o Daudet), de Canadá (1823).<sup>21</sup> Y siguen apareciendo nuevos nombres en años posteriores.

No seríamos enteramente justos si obviamos la actividad corsaria de algunos inmigrantes blancos y mestizos. Ex soldados, ex comerciantes y marinos, aprovechando las continuas guerras entre España e Inglaterra, habían armado bergantines desde los últimos años del siglo XVIII. Un padrón de refugiados de 1799 arroja la cifra de 225 corsarios en Santiago.





En 1809, los corsarios fueron tratados con dureza y expulsados. Pero a partir de 1813 volvieron a las andadas: “Set. 1816- Entra a la bahía la goletita *La Isabel*, con dos buques corsarios mayores rendidos y bravamente apresados”.<sup>22</sup>

“De modo general, los corsarios franceses eran juzgados favorablemente por los pobladores santiagueros. Sus actividades eran en última instancia beneficiosas para la economía de la ciudad que, al igual que Baracoa, había devenido receptora de parte de su rico botín. La piratería creaba empleo y proveía de mercancías a buen costo (...) los armadores franceses que reclutaban sus tripulaciones entre los refugiados no desdeñaban, en ocasiones, el contratar a naturales de la ciudad”.<sup>23</sup>

Otra noticia de importancia se publica en 1858 en un periódico santiaguero: “DELMÉS.- (...) MEDALLA DE HONOR.- Sentimos un verdadero placer en manifestar que D. Luis Francisco Delmés, artista natural de Francia, y vecino de Cuba [Santiago de Cuba, *N. del A.*] donde cuenta más de 23 años de residencia y ventajosamente conocido por los numerosos trabajos que ha dado a luz, entre los cuales puede citarse el plano de esta ciudad, ha sido honrado con la medalla de *Santa Helena*, que el Emperador de los franceses acaba de conceder a los militares que prestaron sus servicios bajo el gobierno de Napoleón I; y en cuyo número se encuentra el señor Delmés, pues recorriendo su hoja de servicios, vemos que, alistado voluntariamente y a la edad de 17 años (1811), en el 9<sup>no</sup> de Húsares partió con el cuerpo a que ya pertenecía, a las órdenes del coronel Mernier, haciendo la campaña de Rusia; que evacuada Vitna, después de haber perdido por tercera vez su caballo, siguió a pie con un gran número de húsares a Varsovia, para tomar allí





caballos y continuar la retirada hasta Elba; enfermo seis meses después fue enviado al depósito de su regimiento en Schelestat, a nueve leguas de Estrasburgo. Recibida la orden de partir cincuenta hombres para completar el 1<sup>o</sup> de Húsares en Lyon, fue enviado ese regimiento a Italia, asistiendo por consiguiente a la última campaña, bajo las órdenes del príncipe Eugenio de Beauharnais; repuesta la paz, evacuaron la Italia, llegando a Arlés y recibiendo orden de volver a París, ciudad natal de Delmés, allí obtuvo su licencia definitiva, licencia que más tarde tuvieron que deponer en el Estado Mayor de la Plaza, en virtud de un decreto expedido por el emperador Napoleón a su retorno a Francia. Nos complacemos en hacer públicos los méritos del Sr. Delmés, casi compatriota nuestro por su larga residencia en esta ciudad (sic)".<sup>24</sup>



Monsieur Delmés, como vemos, había nacido en 1794 y desde 1835 vivía en Santiago, donde había sentado plaza como dibujante; a él se deben varios planos de la ciudad realizados entre 1833 y 1858.<sup>25</sup> A finales de la década del 40 montó un estudio de retratista daguerrotipista. Su hoja de servicios en el ejército imperial es elocuente.



Como Antomarchi y Delmés, centenares de oficiales y soldados franceses, al finalizar las guerras napoleónicas, buscaron refugio en la región oriental de Cuba y supieron encontrar un lugar digno en la paz, ejerciendo los más variados oficios.

Las secuelas de la primera gran migración se hacían patentes. Al centro de la Isla, junto a una espaciosa bahía de la costa sur, un grupo de colonos franceses fundó, en abril de 1819, la importante ciudad de Cienfuegos.<sup>26</sup> Evidentemente, no se trataba de la existencia de una minoría francófona aislada en pequeños asentamientos, sino de una vigorosa presencia





capaz de alentar nuevas migraciones con la garantía de bienestar económico a corto o mediano plazo y, lo más importante, la posibilidad de conservar y enriquecer su acervo cultural.

### Notas

<sup>1</sup> Franco, ob. cit., t. III, p. 249.

<sup>2</sup> *Ibíd.*, pp. 249, 250.

<sup>3</sup> *Ibíd.*, p. 279.

<sup>4</sup> A lo largo de la historia, los santigueros no cesaron de quejarse —con razón y sin ella— del menoscabo en que tenían sumida a su ciudad los gobernantes del país, desde 1554 radicados en La Habana. Esta situación se ha revertido desde 1959.

<sup>5</sup> Cfr. Ernesto Buch: *Santiago de Cuba, ciudad de heroísmo y de leyenda*, p. 65.

<sup>6</sup> Callejas, ob. cit., pp. 74-76.

<sup>7</sup> Joaquín Osés Azúa veía mermada su autoridad ante la creciente estimación de Kindelán por parte de los emigrados, a quienes les había hecho concesiones de todo tipo para favorecer su asentamiento. Osés azuzó a sus partidarios contra los franceses, lo cual tenía como objetivo mortificar y desprestigiar a Kindelán.

En La Habana también hubo disturbios, que provocaron la muerte de un francés y la quema de decenas de viviendas y establecimientos. Cfr. Juan Pérez de la Riva, ob. cit., p. 371.

<sup>8</sup> Citamos a Olga Portuondo: “El balance final de los reembarcados fue de ocho mil ochocientos setenta, cifra que incluía hombres, mujeres y niños blancos, y libres de color”. Esta cifra la encontró la historiadora de Santiago de Cuba en el Archivo Nacional de Cuba, *Correspondencia de los capitanes Generales*, leg. 82, no. 13; ob. cit., pp. 118 y 171.

<sup>9</sup> Berenguer, ob. cit., p. 72.

<sup>10</sup> Bacardí, ob. cit., t. II, p. 89.

<sup>11</sup> Portuondo, ob. cit., p. 129.

<sup>12</sup> Bacardí, ob. cit., t. II, p. 89.





<sup>13</sup> *Ibíd.*, t. III, pp. 199, 200.

<sup>14</sup> Laura Cruz: “La impronta bordelés en el Santiago colonial”, en revista *SIC*, no. 13, enero-marzo del 2002, pp. 37-39.

<sup>15</sup> Bacardí, ob. cit., t. II, p. 346.

<sup>16</sup> Cruz, ob. cit., p. 39.

<sup>17</sup> Bacardí, ob. cit., t. II, pp. 307-309.

<sup>18</sup> “Educación a la francesa”, en revista *SIC*, no. 13, enero-marzo del 2002, p. 36.

<sup>19</sup> *Ibíd.*

<sup>20</sup> Piron, ob. cit., p. 133.

<sup>21</sup> Bacardí, ob. cit., t. II, pp. 85-223.

<sup>22</sup> *Ibíd.*, p. 112.

<sup>23</sup> Yacou, ob. cit., p. 77.

<sup>24</sup> Bacardí, ob. cit., t. III, pp. 232, 233.

<sup>25</sup> María Elena Orozco Melgar: “Santiago de Cuba. en 1840: los planos de Luis Francisco Delmés”, en revista *Del Caribe*, no. 25 del 1996, pp. 114-118.



<sup>26</sup> Hermosa ciudad industrial y pesquera, hoy capital de la provincia del mismo nombre, con unos 200 000 habitantes. Fue fundada por Mr. Louis D’Clouet, coronel emigrado de Nueva Orleans, quien hizo venir 46 familias de Bordeaux. Uno de los edificios públicos más famosos de Cienfuegos es el teatro Tomás Terry, inaugurado en 1890 por el opulento francés de ese nombre, avecindado en la ciudad y con descendientes en Francia y Cienfuegos en este siglo XXI.





## ***Gode fré mué viu pa ló!***

### *Gode fré mué viu pa ló!\**

Atrás habían quedado la envidia y el recelo de los hacendados hispanoparlantes; atrás, la necesidad de los funcionarios del oriente de Cuba de hacer la vista gorda ante las órdenes restrictivas con respecto a los inmigrantes. Éstos tendrían que enfrentarse, en lo sucesivo, a la disyuntiva de integrarse a esta comunidad con toda la fuerza de su espíritu y su desarrollo material, o ser virtualmente engullidos por la cultura hispánica.

La mayoría de los refugiados, a despecho de que hubiesen nacido en Saint-Domingue, en Norteamérica o en Francia, no se sentían ya partícipes activos de las luchas que se libraban en la madre patria y el resto del Viejo Continente; estaban agobiados por el fuego y la pólvora de guerras y revoluciones; no podían sentirse traidores a un gobierno que los había combatido y permitido que sus antiguos esclavos los echaran de

---

\* ¡Oye, hermano mío, ven acá (*patois cubain*).







la tierra que ellos, los colonos blancos y mulatos, consideraban haber levantado con sus propias manos. En Cuba habían encontrado el bienestar económico perdido y la tranquilidad necesaria para cuidar de sus familias. Conservaban, desde luego, un sentimiento de nacionalidad, una lejana resonancia de la patria, tradiciones y costumbres, a las cuales tratarían de aferrarse para no perder su identidad.

Quienes vinieron después, igualmente cansados de los vaivenes políticos de Europa, albergaban las mismas esperanzas y ambiciones, ya fuesen jacobinos o monárquicos, girondinos o seguidores del emperador; juzgaban a Santiago de Cuba como casi totalmente francesa y sabían que unos cuantos doblones dejados caer a tiempo en las bolsas de algunos funcionarios españoles, les abrirían todas las puertas.

Veamos como describe Beauvallon su paso por algunas haciendas: “Desde que fui presentado a los habitantes de la montaña, me convertí en su amigo. Franceses en su mayoría, veían en mí a un compatriota, un hermano (...) ¡Cuántas respuestas no había yo de darles a esos hombres, hijos privados de las dulzuras del país natal, exiliados para los cuales la patria se había tornado más querida a causa de la ausencia! (...) todos se pusieron a interrogarme al mismo tiempo sobre Francia, objeto de sus sueños, de su amor, de su veneración. Los que habían venido de Europa hacía pocos años me hablaban, con los ojos humedecidos por las lágrimas, de su provincia, de su aldea, del hogar donde envejecía una madre que espera, junto a una hermana que crece”.<sup>1</sup>

Tal llegó a resultar la fuerza de la comunidad francófona, que en los años 30 Francia es la nación que compra la mayor cantidad de productos que salen de los puertos del oriente de Cuba, mientras que





en las ventas sólo la supera Estados Unidos. Un dato que refuerza este aspecto es la publicación, en 1833, de un Reglamento de la Sociedad Comercial de Santiago de Cuba, en español, francés e inglés. En todos los órdenes, la ciudad y el resto del Departamento Oriental comenzaban a recibir los beneficios de su ingreso a la economía de plantación.

Las condiciones, pues, estaban dadas para que la región suroriental de la Isla accediera a uno de los procesos de transculturación más interesantes en la historia del país.

En los polos de esta singular confluencia se entremezclan varias culturas, que si bien tienen pesos específicos diversos, merecen igual rango de ponderación. De un lado, las culturas francesa y española, que se oponen e interpenetran; del otro, la africana, que irrumpe con energía por el incremento de la trata e incorpora sus nutrientes al proceso de integración de dos culturas emergentes: la haitiana y la cubana, ambas con determinado grado de mestizaje.

Tanto en la clase de los propietarios rurales y urbanos como en la de los profesionales y artesanos, había una mayoría de franceses y franco-haitianos, así como un innegable atraso tecnológico y cultural por parte de españoles e hispano-cubanos. Esta supremacía sólo pudo equilibrarse, en alguna medida, por el ejercicio de un poder político-militar que solía extremar su carácter represivo ante cualquier asomo de liberalismo, enarbolando el fantasma de la Revolución haitiana en una región que mantuvo una composición poblacional de aplastante mayoría negra y mulata desde la tercera década del siglo hasta el estallido de la guerra de independencia en 1868.<sup>2</sup>

Una gran cantidad de mulatos de ascendencia francesa, que pueden distribuirse entre las dos clases





ya citadas, se sentían —en virtud de su posición económica y su cultura— muy por encima de los mestizos que encontraron en el oriente cubano; pero sufrieron como éstos la discriminación de los blancos. Por tanto, su ubicación como factor de integración cultural resulta sumamente compleja. Atenazados por la contradictoria conjunción de su esencia clasista y sus rasgos étnicos, asumieron una actitud a ratos sectaria, a ratos de protagonismo exclusivista, atrinchándose de manera ciega y aristocrática detrás de sus propias barreras. De hecho, hicieron todo lo posible por alejarse de su nutriente africano y del componente haitiano que los caracterizaba, sin conseguirlo cabalmente. La lección que recibieron sus antepasados en Haití no había sido asimilada.

En consecuencia, el aporte de la raíz puramente francesa no pudo ser tan decisivo como era de esperar, concretándose en dejar su rica huella en un buen número de exponentes de la cultura material. En la esfera espiritual —sobre todo, en la ciencia y en el arte— se integraron a formas de pensamiento y de expresión que emergían con fuerza entre los criollos de ascendiente hispano, indudablemente influidos por la saga bolivariana y las corrientes iluministas.

Entre los desposeídos, el proceso se comportó de manera bien distinta. Los libertos mulatos y negros —estos últimos en mayoría— y los blancos pobres, constituían más del 40 % de la población total en la Jurisdicción de Cuba en el segundo tercio del siglo. En la ciudad eran operarios, auxiliares de oficios, sirvientes y vendedores ambulantes; en el campo, aparceros, precaristas y empleados temporales en algunos oficios no dominados por los esclavos; por ejemplo, la vaquería. En el perímetro urbano encontramos una ligera superioridad franco-haitiana; en el medio





rural predominan los hispano-cubanos y el elemento canario. Pero ninguna de estas culturas emergentes ejerce una supremacía absoluta sobre la otra —matices ambientales aparte—, precisamente porque sus detentores tienden a hermanarse en el trabajo y en las vicisitudes comunes, aun hablando lenguas distintas. Por otra parte, ambas culturas, al momento de encontrarse, se hallaban en proceso de cristalización y se nutrían de manera más o menos similar de los troncos africano y europeo.

Como resultado de esta enjundiosa integración, este sector de la pirámide clasista —que durante el período de desarrollo capitalista creció tanto en número como en pujanza social— inyectó su savia a múltiples aspectos de la cultura material y estuvo siempre en la vanguardia de la expresión popular y sus manifestaciones artísticas; sirvió de tamiz a las propuestas originadas en la masa de esclavos; se convirtió en nutriente obligado del acervo de la pequeña burguesía urbana y rural, y marcó de manera irrevocable con sus atributos a la actual cultura cubana, con matices mucho más señalados en la región suroriental del país.

Los esclavos constituían un tercio de la población total y se desempeñaban en lo fundamental en cafetales, ingenios y estancias tabacaleras y de frutos menores. Los propiamente haitianos eran una minoría fuerte: habían traído el vodú y toda su compleja liturgia; sus danzas, música y poesía popular de tradición oral, así como el *créole*. Encontraron en esta región de Cuba expresiones culturales afrocubanas con determinado grado de sincretismo y un claro predominio de la raíz bantú o conga, a la cual no eran ajenos, como tampoco a otras fuentes nutricias yorubas, dahomeyanas, fulas, mandingas y ararás,<sup>3</sup> que también hallaron.





Los esclavos urbanos, poco numerosos y sometidos por lo general a un régimen más cercano a la servidumbre que al de su real *status* jurídico, integran con rapidez las particularidades que diferencian a los de uno u otro origen y logran mantener un fuerte intercambio con libertos y blancos pobres. Pero el proceso de fusión de los esclavos de las haciendas es más lento, por el sedentarismo que caracteriza a toda economía de plantación, basada en el trabajo de grandes dotaciones sometidas con idéntica severidad al trabajo y al encierro. Mas, el esclavo rural va a desempeñar un papel muy importante en el proceso de transculturación: será el receptor de una corriente nutricia con orígenes muy diversos, al asumir la incorporación de nuevos compañeros traídos directamente de África.

A pesar de las leyes abolicionistas inglesas, de la real cédula de Fernando VII de 1817 y de que Francia declaró ilegal el comercio de esclavos desde marzo de 1818, la trata se mantuvo muy activa en Cuba hasta mediados de siglo. Decenas de tratantes franceses, de manera más o menos tolerada, desembarcaron en esos años miles de africanos en las costas de Santiago de Cuba. De inmediato, las “piezas de ébano” se vendían a terratenientes e intermediarios. Muchos fueron a parar a los cafetales de las montañas orientales.<sup>4</sup>

Resultaba frecuente que a una dotación ingresaran de golpe 20 o 30 esclavos recién comprados y que ninguno de ellos pudiera decir algo importante sobre la vida de uno solo de sus compañeros de infortunio. Habían sido cazados por los negreros en regiones distintas. Algunos podrían pertenecer a la misma etnia, pero no siempre provenían de la misma aldea; habían sido agrupados en una factoría de la costa africana y vendidos a tratantes con mercados de destino muy distantes unos de otros: Brasil, Guyanas, Puerto





Rico, Cuba. Aún en el acto de ser vendidos a sus poseedores definitivos se separaban los hijos de los padres; hermanos de hermanas; unos iban a una plantación cañera; otros, a un cafetal; aquéllas, a servir a una dama de sociedad; éstos, a cargar bultos a un comercio citadino. Afectados por el desarraigo social y ecológico, los recién llegados no podían constituirse en una fuerza colectiva más. Así, la labor de asimilación por parte de los grupos de esclavos asentados de antaño, se efectuaba como una receptación de las experiencias y costumbres de cada nuevo compañero, individuo por individuo, procedimiento notablemente enriquecedor por la procedencia disímil de éstos. Al mismo tiempo, se operaba un trasvasamiento de los usos, maneras y esencias espirituales del grupo receptor hacia los recién llegados.



La fecunda integración de las manifestaciones culturales de los esclavos alimentó, como ya he señalado, el acervo de libertos y blancos pobres, en sus vertientes rural y urbana. Sus resultados se hacen evidentes en la actualidad con la existencia, por un lado, de complejos rituales mágico-religiosos que han pulverizado barreras étnicas y sociales; por el otro, de una cultura popular muy dinámica, en la cual se conjugan de manera admirable lo tradicional y lo contemporáneo.



Lo español, lo francés, lo africano, lo específico franco-haitiano e hispano-cubano constituyeron, en un interminable juego de oponencias y conciliaciones, la base indiscutible de la particular expresión cultural del suroriente de Cuba.





## Notas

<sup>1</sup> Beauvallon, ob. cit., pp. 288, 289.

<sup>2</sup> Las compilaciones estadísticas de 1861 y 1862 arrojan los siguientes datos: Santiago de Cuba, Guantánamo y Baracoa sumaban 133 924 habitantes, de los cuales sólo el 27,9 % eran blancos; el 34,9 %, negros y mulatos libres y el 39,2 % restante, esclavos. Cfr. Ramiro Guerra, ob. cit., p. 27.

<sup>3</sup> Se trata de algunas de las naciones africanas víctimas de los negreros a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Sobre la esclavitud en Cuba recomiendo *Los negros esclavos*, del sabio Fernando Ortiz.

<sup>4</sup> La obra más completa acerca del particular es *Comercio clandestino de esclavos*, de José Luciano Franco. Un interesante trabajo del investigador Julio Corbea centra la indagación en el territorio santiaguero: “El naufragio de la *Temis*; un episodio francés de la trata clandestina en Santiago de Cuba en 1822”, en revista *Del Caribe*, no. 39 del 2002.





## ***Mué alé sacé café...***

### *Mué alé sacé café...\**

En tiempos de feria y descanso, las fastuosas mansiones de las haciendas acogían a jóvenes de la ciudad que se sentían atraídos por el modo de vida de los franceses y sus descendientes. Lecturas, juegos, representaciones teatrales, bailes y conciertos los pusieron en contacto con un mundo de horizontes mucho más amplios que los que podían avizorar en las conservadoras y limitadas tertulias de la comunidad hispano-cubana.

Seleccionamos una hermosa estampa de Beauvallon: “Después de comer, se entabló la conversación no junto a un hogar resplandeciente, como en invierno en Europa, sino en torno a una mesa de caoba del país, en medio de la cual estaba desplegado un magnífico ramo de flores europeas. Las contemplé con felicidad y sorpresa, y mientras aspiraba los perfumes exóticos que sus cálices entreabiertos despedían sua-

---

\* Voy al monte a buscar café... (*patois cubain*).







vemente, trataba de explicarme su presencia en aquel lugar.

”Madame Dutocq adivinó mis pensamientos:

”—Son flores de mi jardín— dijo (...)

”De las flores a la poesía, la transición es cosa hecha. Para pasar de la flor del lino silvestre a Lamartine, y de las ramitas de la gatuña a las *Orientales* de Hugo, no era necesario tener el espíritu delicado y justo con el cual nuestra amable anfitriona analizó, como jugando, los escritores del momento. Por mi parte, ausente desde hacía tantos meses de París, ignoraba la mayoría de los libros que acababan de publicarse, y escuchaba con reconocimiento aquella charla espiritual y literaria, llena de finas apreciaciones”.<sup>1</sup>

En el cafetal podía discutirse libremente sobre política, economía y religión: la biblioteca del *monsieur* proporcionaba la oportunidad de familiarizarse con los últimos descubrimientos en diversos campos de la ciencia; el salón principal estaba siempre disponible para que los artistas de la ciudad exhibieran sus pinturas, grabados y esculturas, o para que un grupo de músicos pudiese ejecutar excelentes partituras hasta entonces prácticamente desconocidas. Muchos de estos visitantes, hijos de españoles, aprendieron el francés y prefirieron hacer sus estudios superiores en la Sorbonne o en Bordeaux, antes que en Sevilla o Salamanca. Con el encabezamiento “Cubanos premiados”, aparece en las *Crónicas...* de Bacardí esta noticia de 1860: “Los cubanos, estudiantes en el Liceo Imperial de Burdeos, D. Carlos Monvoisiu, D. Octavio Planche y D. Emilio, Teodoro y Julio Minière (descendientes de familias francesas) obtienen primeros premios en temas latinos, versión griega, aritmética, geometría y dibujo (sic)”.<sup>2</sup>





Estos cinco estudiantes santiagueros, de irrefutable ascendente francés, constituyen una pequeña muestra del nutrido grupo que era enviado anualmente a Bordeaux, París o Lyon. De ese mismo año, puede leerse en las *Crónicas...* otra noticia, unas páginas más adelante: “SALCEDO.— El cubano Fernando Salcedo y Cuevas, estudiante en el Liceo de Burdeos, es graduado de Bachiller en ciencias (sic)”.<sup>3</sup>

Perteneciente a un tronco familiar hispano que dio a la ciudad un regidor honorario, un ilustre abogado y un excelente músico, el joven Salcedo constituye un ejemplo de la inclinación de los santiagueros por la educación francesa.

Es conocido que las familias hispano-cubanas blasonaban de haber enviado a sus hijos a estudiar a Francia. Además, resultaba provechoso y se consideraba de buen gusto casar a jóvenes criollos con descendientes de emigrados. Hay noticias de suntuosas fiestas matrimoniales celebradas en haciendas de las montañas. Es delicioso el episodio que relata Bacardí, fechado en enero de 1858: “FRANCÉS CRIOLLO.- Comentóse, y fue la comidilla del día, la siguiente anécdota que pinta de manera gráfica la parte de nuestros habitantes a quienes por ser descendientes de franceses, ya de Europa, ya de Haití, se les denomina con espíritu de burla *francés criollo*. Celebrábase una fiesta en uno de los magníficos cafetales de Cauto; varias familias, entre ellas algunas de la ciudad, descendientes de raza blanca o de la misma raza más o menos mezclada, habían acudido como de costumbre no solamente a dar brillo al sarao sino a solazarse grandemente.

”Estas fiestas duraban días y días, una semana muchas veces o más y hacíase gran derroche de buen humor y de cuanto el sibaritismo creara para satisfacción de gentes instruidas y bien educadas. Bailábase





siempre con orquestas que iban de la ciudad, y a estas fiestas acudían vecinos de la cercanías de familias pudientes y educadas, gente de raza de color, más o menos pura también.

“El dueño del cafetal, deseando armonizarlo todo, acercóse a una de sus sobrinas, bellísima criatura llegada de Cuba,<sup>4</sup> y le encargó que se dejara aquel día de preocupaciones y que bailara con todo el mundo sin distinción alguna, a lo que contestó la señorita: —*Está bien, tío, bailaré con todo el mundo, pero no creo que querrás que baile con ése*— y le señaló un negro joven, de aspecto rudo y ordinario, aunque bien vestido. —*Pero con ése también hay que bailar, pues es uno de los vecinos más correctos del partido.*<sup>5</sup>

—*Pues no bailaré con él, tío* —contestó con una mirada rebelde. —*Pues no bailarás con nadie.* —*Aceptado* —añadió con un mohín de soberbio desdén moviendo la cabeza diciendo: —*No y no*— y en efecto no bailó con nadie en aquel día. Fuese a la cama temprano, y en la misma habitación, por la aglomeración de huéspedes, habían de dormir su tía y otra parienta. Acostadas, comenzaron los comentarios naturales del día, y la tía, espíritu autoritario y de crítica, sacó a colación la conducta de la sobrina que había preferido quedarse sin bailar que tener que bailar con alguno que no era de su agrado, y creyéndola dormida, acentuó la tía sus dichos, hasta exclamar con tono desdeñoso y burlón:

—*Ma chere, il ny'a rien de su orgueilleux que cette race qui commence a monter; tous croient avoir sorti de la cuisse de Júpiter.*<sup>6</sup> A lo que rápida, sentándose en el lecho, y con la voz vibrante, contestó la sobrina: —*No, tantine, je n'est sorti de la cuisse de Júpiter; mais... je pense, que je ne suis nai de cuisse d'una negresse*”.<sup>7</sup>





En pocos años, el cafetal devino espacio socio-cultural obligado de la comunidad santiaguera. Pero esta personalidad no sólo la adquirió el cafetal para las personas de las clases alta y media: en la base de la pirámide social ocurría, con matices diversos, el mismo fenómeno.

Los esclavos de estas haciendas eran mucho mejor tratados que los de las plantaciones cañeras. No vivían, como éstos, aherrajados en grandes barracones insalubres, sino en pequeñas casas familiares o individuales construidas por ellos mismos en las inmediaciones de la casa del amo; allí cultivaban parcelas para garantizar su alimentación. El régimen de trabajo, duro en la limpia y en la cosecha, resultaba mucho más flexible en la larga temporada de lluvias; el beneficio del grano se realizaba con la ayuda de máquinas despulpadoras de cómodo manejo y el molino se explotaba con tracción animal. Los amos no eran absentistas como sus colegas hispanos. Vivían casi todo el año en la hacienda y solían deparar a sus esclavos un trato directo y casi familiar: nadie como los descendientes de los emigrados de Haití para conocer hasta dónde el maltrato y la crueldad podían conducir a una dotación de esclavos. A favor de esta argumentación sobre la diferencia en el trato, hay que reconocer que los negros de las plantaciones cafetaleras de Guantánamo y Santiago de Cuba fueron los más remisos a secundar el grito de libertad de octubre de 1868:<sup>8</sup> aunque muchos se incorporaron a la insurrección, otros murieron al lado de sus amos, en la defensa de las haciendas contra la tea mambisa.<sup>9</sup>

Con estas posibilidades, los esclavos del cafetal podían manifestarse con mayor libertad y desarrollar sus expresiones culturales con ventaja sobre los de los ingenios y estancias. Los pocos que habían





venido de Haití enseñaron el *créole* a sus hijos y nietos; pero éstos y los que vinieron después como consecuencia del incremento de la trata, aprendieron a su manera la lengua de los amos y llegaron a componer la forma dialectal que el investigador cubano Fernando Boytel ha bautizado como *patois cubain*.<sup>10</sup> Aquí y allá, las *Crónicas...* de Bacardí nos van descubriendo un refranero en *patois*, algunas de cuyas muestras citamos, traducidas:

No todos los que usan espuelas tienen caballos.  
Los huevos no deben mezclarse con los guijarros.  
El que quiera amasar, que amase su propia harina.

En la pesquería del blanco es el negro quien carga el jamo.

Todo árbol es madera, pero el pino no es caoba.  
El sapo no tiene camisa, ¿y tú quieres que vista de frac?

El cuchillo que en la calle se encuentra, en la calle se pierde.

La cucaracha nunca tiene razón delante de la gallina.

El zapato es el que conoce si tiene punto la media.

Todo manjar es bueno para comer, pero toda palabra no es buena para decir.

Hasta que no hayas cruzado el río, no injurieras a la madre del caimán.

El perro tiene cuatro patas, pero no puede a la vez andar por cuatro caminos.

Fortuna, bení con mulo, si no, negro mimo jala carreta.<sup>11</sup>

Los esclavos de las plantaciones francesas se conocían no sólo por su jerga, sino también por el uso de una gestualidad algo rebuscada, intento de imita-





ción de la de sus amos. Ser esclavo “francés” comportaba cierta distinción. Pero su proceso imitativo más jugoso está en la danza. Con buena dosis de sarcasmo, en días festivos, se disfrazaban de amos y, utilizando los amplios secaderos de café como salón de baile, reproducían pasos de minué y otras danzas europeas, al ritmo de grandes tambores de origen dahomeyano. Colocaban en el centro de la escena un asta de la que pendían múltiples cintas de colores. Con el objeto de hacer un trenzado sobre el asta, cada uno de los ejecutantes tomaba el extremo de una cinta e iniciaba el dibujo de una coreografía circular; unos en el sentido de las manecillas de un reloj y otros a la inversa, provocando graciosos encuentros y desencuentros entre los integrantes de cada pareja. Luego, a un ritmo cada vez más delirante, se procedía a des-tejer las cintas.



Este esquema coreográfico había sido traído por los esclavos que huyeron con sus amos de Saint-Domingue. Su origen se remonta al Medioevo en regiones del centro y del oeste de Europa. En Cuba se denominó *tumba francesa* al complejo danzario que inició su desarrollo en los cafetales y que tiene como punto culminante el tejido de cintas. Los bailes que lo integran se conocen como *maison*, *yubá*, *frenté*, *carabiné* y *tahona* o *tajona*.



La dimensión de esta presencia cultural puede ponderarse si tenemos en cuenta que en 1846, en las 510 haciendas cafetaleras de la región, vivían más de 27 000 esclavos, casi la mitad de toda la población rural de Santiago, lo que confiere a este sector un peso específico incuestionable.

Pero los esclavos de los cafetales no influyeron en el proceso de fusión cultural sólo en el campo. Las *tumbas* de negros franceses habían hecho temprana





aparición en las fiestas de carnaval de 1800, interpretadas por esclavos urbanos. Éstos y sus descendientes mantuvieron siempre una sólida intercomunicación con sus hermanos en las montañas. De esta manera, los habitantes de la ciudad conocieron el tejido de cintas y otras manifestaciones culturales provenientes de los cafetales: música, cantos y danzas reelaborados y enriquecidos por el elemento urbano de color. Bacardí señala en el año 1836 la primera noticia sobre *El Cocoyé*: “El Cocoyé.- Casamitjana, músico mayor del regimiento de Catalunya, desde el alto del café ‘La Venus’, de Ferratges, en la Plaza de Isabel II, a las dos de la mañana, recoge la nota del canto de los negros, mamarrachando en la comparsa ‘El Cocoyé’, presidida por María de la Luz González y María de la O, que viene en alas de la brisa y queda perpetuada la música criolla tan popular, conocida por ‘El Cocoyé’”.<sup>12</sup>



Trece años después, las *Crónicas...* reseñan el estreno de una pieza del mismo título, ejecutada por una banda militar en la retreta de la Plaza de Armas.<sup>13</sup> Sobre el origen y la paternidad de esta música se han librado muchas polémicas, pero lo importante radica en que el grupo itinerante de franco-haitianos que cantó y bailó *El Cocoyé* por primera vez en Santiago de Cuba, consolidó un estilo que se avenía con la modalidad ya conocida como *comparsa*, después célula fundamental de los desfiles de mamarrachos.<sup>14</sup>

Durante el primer cuarto de siglo, grupos de jóvenes santiagueros se disfrazaban para ejecutar determinados bailes populares en teatros y salones. Al finalizar, era costumbre salir a la calle aún con los disfraces y desplazarse a un paso cimbreado y sensual que se conoce como *arrollar*, al son de tambores e instrumentos de viento; no faltaba algún improvisador





que pusiera de moda una cuarteta o décima, de índole picaresca o satírica, que rápidamente se convertía en estribillo del coro de comparseros. Como hemos apuntado con anterioridad, estas formas itinerantes deben mucho a las procesiones del Corpus Christi y a las festividades del Día de Reyes, y tienen un grado de mestizaje similar al de los *Bandé rara*, suerte de procesión que todavía hacen los haitianos del campo cubano en la Semana Santa. También se relacionan con las visitaciones de altares de cruz que hasta hace medio siglo se realizaban en Santiago, Guantánamo y otras ciudades del país durante todo el mes de mayo.<sup>15</sup>

Después de la ruina de los cafetales a causa de la guerra del 68 y del decreto de abolición de la esclavitud en 1886, las *tumbas francesas* se consolidaron en los perímetros urbanos de Santiago y Guantánamo, en calidad de sociedades culturales y de socorro mutuo.

En la ciudad, la calle del Gallo y el barrio El Tívoli, como se ha visto, constituían el corazón de la vida social de los franceses, los franco-haitianos y sus descendientes. A mediados del siglo pasado, la *Rue du Coq* era una arteria pintoresca y nerviosa, donde abrían sus puertas todas las mañanas las oficinas principales de florecientes sociedades mercantiles, casas refaccionistas, hoteles y comercios de todo tipo. Vendedores ambulantes voceaban la mercancía en francés o en *patois*. Damas de ascendiente hispano, acompañadas de hijas casaderas, bajaban en quitrín a “la calle de los franceses”, para visitar la casa de modas de una exquisita *madame*. En las noches se escuchaban a un mismo tiempo piezas diversas, ejecutadas en la media docena de pianolas con que contaban otros tantos cafés y restaurantes de nombres evocadores y nostálgicos; grupos de jóvenes con







atrevidas vestimentas acudían a los prostíbulos de los alrededores, donde se alquilaban muchachas traídas de la misma Francia.<sup>16</sup>

Las calles aledañas a la del Gallo no tardaron en ser invadidas por los inmigrantes. Esta noticia de las *Crónicas...* lo demuestra:

“FEBRERO 1849

”BASSIE.- Monsieur Bassie, el conocido y afamado sastre establecido en la calle de la Marina, junto a la Lonja, ha introducido una novedad en su arte: tomar medidas a un mismo tiempo con un aparato de su invención, al cual ha dado el nombre de Basiómetro”.<sup>17</sup>

El Tivoli había tomado el nombre del *café concert* inaugurado por los primeros inmigrantes en el suburbio conocido por Loma Hueca, también llamado Loma de Belén. Situado al suroeste de la ciudad en las alturas del primer columpio que sube desde el puerto hasta los alrededores de la Plaza de Armas, el barrio creció rápidamente y en el segundo tercio del siglo ocupaba también la Loma de la Colorada y la Loma de los Desamparados. Una enrevesada composición de callejuelas y callejones serpenteaban por las cimas y faldas del lomerío. En términos casi absolutos, los blancos pudientes se establecieron en las zonas altas y colindantes con el centro de la ciudad, mientras que los de menos posibilidades, junto a mulatos de holgada posición económica, poblaron las pendientes cercanas al puerto.

Dejemos que sea el ilustre viajero Beauvallon quien nos describa el paisaje y sus impresiones: “Pero fue sobre todo cuando habíamos penetrado en la bahía de Santiago de Cuba, y después de dejar a la derecha el Morro, gigante de bronce asentado en granito, que me creí transportado a Fort-Royal o a la Pointe-á-





Pitre. Como esas dos ciudades, sus hermanas, Santiago aparece de repente al fondo de una bahía cerrada, con sus casas pintadas y sus cocoteros. Y para completar la ilusión, desde que las piraguas de la villa abordan nuestro barco, no se habló más que francés en torno mío. Era la primera vez en muchísimo tiempo que oía hablar la lengua de mi país ¡Qué dulce música resuena entonces en el oído del viajero!”<sup>18</sup>

Más adelante, Beauvallon nos refiere las veladas que compartió con un parisino doctor Martin, un Mr. Kolm, el vicecónsul Rose Ramondy, Dufourg, Ribeaux, Couronneau, Revé y otros. Y describe así *Le Tivoli*: “*La Marina*, habitada por el comercio y la clase poco acomodada, y el *Alto de la Villa*, que corona la extremidad del anfiteatro, donde vive la nobleza (...) La Marina, cubierta de casas pequeñas en medio de las cuales se destacan, aquí y allá, los grandes cuerpos de los edificios de almacenes o de los establecimientos de aduana y de depósitos, ofrece una apariencia que no carece de cierto pintoresquismo, triste y miserable (...) Pero, como compensación, en ninguna parte de la ciudad el movimiento es tan general, desde la mañana hasta la noche. Todo ese mundo de compradores y vendedores despierta con el día. Van y vienen, hablan y se callan. El aire está lleno de los ruidos del puerto, de las canciones de los negros, del azúcar que se rebaja, del café que se apila. Por todas partes y a todas horas, los negocios y los hombres de negocios pasan, ojean y siguen. En fin, uno se da cuenta de que está en una ciudad comercial y siente orgullo de pertenecer a Francia, al oír hablar sólo francés allí donde se trabaja, mientras que el español impera como dueño absoluto, allí donde no se hace nada. He dicho ya que si el comercio ha invadido La Marina, el barrio también está habitado por la clase poco acomodada. En





efecto, la mayor parte de sus calles son aglomeraciones de casuchas enclenques en las cuales viven principalmente gente de color y muchas antiguas familias desdichadas de Santo Domingo (...)

”El Alto de la Villa está construido, repito, de una manera diferente por completo. Sin hablar del orden de arquitectura que allí se observa, pues evidentemente las reglas fijas y verdaderas de ese arte se ignoran por completo en Cuba, diría que allí las edificaciones son más elevadas, las formas más monumentales. Ya no son las casitas rojas y grises de La Marina, sino domicilios dotados de elegancia exterior y cómodos en su interior”.<sup>19</sup>

En su conjunto, el barrio presentaba un abigarramiento de estilos arquitectónicos. La tradición constructiva de los santiagueros debía mucho al aliento morisco sevillano transplantado por los conquistadores españoles; sobre todo, en la estructura básica de la vivienda, con dos o tres cuerpos principales dispuestos alrededor de un patio central. A partir de ahí, la vivienda santiaguera podía asimilar cuantos modos y maneras viniesen de Europa en lo referente a fachadas, porte de las ventanas, estilos de columnas y decoración interior. La funcionalidad de esta arquitectura radica en su cumplido afán de atrapar las corrientes de aire en una de las ciudades más calurosas de Cuba: los altos puntales, la amplitud de las ventanas y la ubicación de la planta principal a varios metros por encima de la calle confirman esto.

La profesora Orozco nos ofrece esta valoración: “El hecho o realización arquitectónica arroja un saldo positivo (...) a *la casa de colgadizo* y *la casa de planta baja*, se añaden dos: *la casa de corredor*, ejemplo de adecuación de la arquitectura a las condiciones ecológicas locales y tipología que prolifera en esos





años tal y como lo muestran las repetidas peticiones de fabricar ‘una enramada de teja volada sin pilares sino en pie de amigo para guarecerse del sol y otras intemperies’ y la *casa de dos plantas*, cuya tímida aparición presagia su generalización como vivienda señorial hacia el tercer decenio decimonónico”.<sup>20</sup>

En El Tivoli, lo sevillano y lo francés pudieron conjugarse: en casas de mayor prestancia, los techos de una o dos aguas estaban recubiertos de tejamaní, como los de las casas de los cafetales, o con la conocida teja sevillana de barro rojo cocido. Las columnas de los corredores podían revelar una voluntad clasicista muy a lo francés, o seguir aferradas a un prebarroco a la vez sobrio y doblemente mestizo. Acá podía verse una fachada de entablamento claramente toscano; allá, una portada inspirada en el estilo provenzal.



La vida en El Tivoli no era en modo alguno agitada, pero tampoco estaba exenta de atractivos: los niños montaban en yaguas<sup>21</sup> para deslizarse como en un tobogán por las faldas de las lomas. Desde los altos corredores de las casas, la servidumbre izaba con sogas jabucos<sup>22</sup> llenos de frutas y verduras compradas a carretilleros que pugnaban, con potentes y afinadas voces, por hacer sobresalir sus improvisaciones de pregones cantados. En las tardes, hermosas mulatas vestidas a la última moda subían a la zona de los blancos, del brazo de algún pariente no menos atildado y apuesto.



Escribe Beauvallon: “Las mujeres de La Habana y Santiago difieren además por la vestimenta. Si las primeras se visten con una especie de lujo y de pompa, éstas aportan a su vestuario el arte infinito de la parisién. En efecto, reciben de París todas sus modas...”.<sup>23</sup> A esto añade: “si como ya hemos visto La Marina es el centro del comercio, en su malecón está





situada la Alameda. Para dirigirse allí, la nobleza se ve obligada a ensuciar prosaicamente las ruedas de sus suntuosos coches en el lado de la villa baja. Esta gran derogación tiene lugar una vez a la semana, el domingo. Ese día nobles y burgueses circulan en desorden, al ruido de la música militar, creando una sinfonía al aire libre en el malecón. Los que van a pie se detienen y critican; los que van en coche pasan y desprecian (...) Dos días a la semana, a La Marina le toca invadir el Alto de la Villa; eso sucede los lunes y los viernes, entonces hay retreta en la plaza de la catedral, entre las ocho y las nueve de la noche de octubre a marzo, entre las nueve y las diez de abril a septiembre: la orquesta, formada alrededor de un transparente alegórico, ocupa el centro de la plaza y los paseantes circulan entre dos filas de personas sentadas”.<sup>24</sup>



Otro delicioso episodio publica el diario santiaguero *El Redactor*, cuando apareció en el firmamento el cometa de 1857: “Anoche se vio el temible cometa en la Plaza de Armas y no hay que tomarlo a chanza, porque muchos lo vieron, y sabido es que los testigos de vista han de ser creídos por fuerza. Pues sí, señores; anoche andaba por la plaza una joven con una crinolina que parecía un púlpito puesto al revés, y además llevaba un lazo de cinta cuyos extremos le arrasaban como la cola del cometa Carlos V. —*Mire ese cosa!*, decía un inglés que detrás de la joven iba en unión de otro amigo —*¿Qué le parece a V.?* —preguntaba éste. —*Parrece the comete and su rabo*. Más adelante dijo un francés: *Voilà, le phenoméne qui vieut se prometer ici*. La pobrecita, parece que conoció el ruido que estaba causando, y en compañía de la mamá tocó el tole. Bueno, muy bueno; así se convencerán las incautas de que lo ridículo siempre llama la atención en sentido desfavorable”.<sup>25</sup>





Lo que caracterizaba al barrio era su intensa vida cultural: destacados músicos ofrecían conciertos en los patios y salas de las casas más amplias; decenas de pintores se mudaban al “barrio de los franceses” no sólo para asegurarse una clientela, sino también para aprovechar los muy diversos paisajes que se divisan desde aquellas alturas. La doctora Portuondo destaca la proliferación de escuelas y de educadores franceses. Además de los Antomarchi ya citados, está madamme Adelaide Cavalier, parisina, hacia 1824; un monsieur Lemoine; Jean Baptiste Trebuchet, profesor de baile del Gran Teatro de Nantes y bailarín del Teatro de la Puerta de Saint Martin en París, que enseñó en Santiago gavotas, cuadrillas, minuette de la corte, minuette de Kaudé y valsos.<sup>26</sup> En El Tivoli, bailes de máscaras se celebraban aquí y allá todas las noches de carnaval, pero abundaban en cualquier época del año; también eran frecuentes veladas en las cuales se recitaban loas y ensaladillas o se representaba alguna obra teatral.



La afición por el teatro había crecido en la ciudad desde que los primeros emigrados inauguraron el teatro de la calle Santo Tomás. Aunque, como hemos dicho, esta edificación se derrumbó en 1812, los santiagueros pudieron disfrutar del Teatro de Cómicos, inaugurado en 1814; el de La Marina, también llamado del Ayuntamiento, a partir de 1822; el del Centro, que abrió sus puertas en 1840; el de la Sociedad Filarmónica, en 1845; el de la Reina, con 1 500 capacidades, en 1850, y así hasta disponer de ocho teatros en 1868, además de una docena de pequeños escenarios en casas y sociedades. La ciudad pudo contar también con varias compañías dramáticas propias, entre las cuales se destacó una que ofrecía funciones en una casa del Tivoli. Es de resaltar el exitoso estreno





de *El barbero de Sevilla*, de Beaumarchais, en 1827, por una compañía habanera que el año anterior había debutado en Santiago con un repertorio exclusivamente español, lo que, al parecer, no les había granjeado tan buena acogida.

Por otra parte, El Tivoli es el barrio que, junto al de Los Hoyos, se disputa la primacía en el origen del carnaval santiaguero. Tivolíceros dieron a conocer *El Cocoyé*: los blancos pobres, negros y mulatos libres que vivían en los linderos del barrio sobresalieron siempre por su afición a la música, la danza y el teatro. Allí surgió el llamado *teatro de relaciones*, forma mestiza derivada del *Izibongo* bantú, la *ganganilla* española y la *commedia d'ell arte*, que se caracterizaba por su poder de síntesis, su fina ironía y su alcance popular.<sup>27</sup> Los *relacioneros* se desplazaban en grupos poco numerosos de un lugar a otro y representaban en patios, plazoletas y solares yermos. En ocasiones se vinculaban a una comparsa para salir en los desfiles del carnaval y competir con las *relaciones* de otros barrios.<sup>28</sup> Durante casi cien años, El Tivoli fue barrio mamarrachero por excelencia y quizás el más poderoso catalizador en el proceso de fusión de culturas de la región suroriental del país.

Los cafetales y El Tivoli constituyeron, indudablemente, los centros de irradiación de los elementos franceses y franco-haitianos que se integraban a la muy mestiza cultura cubana. En este sentido, el segundo tercio del siglo pasado resultó el momento de mayor ebullición.

Destacados representantes de esta comunidad llegaron a tener renombre internacional. Ya hemos hablado de Hippolyte Piron, cuya obra *L'île de Cuba* compite en belleza y veracidad con la de Mr. Beauvallon. Pablo Lafargue Armaignac, nacido en Santiago el





15 de enero de 1842, fue yerno e íntimo colaborador de Karl Marx. Aparece entre los ilustres fundadores de la I Internacional, de la cual fue su presidente en España. Desde Europa saludó con júbilo la lucha por la independencia de Cuba y luego lamentó su caída en la esfera de influencia de Estados Unidos.

El abuelo de Lafargue había muerto en los días de la Revolución haitiana; la abuela, Catalina Pijon y su pequeño hijo Francisco vinieron a refugiarse en Santiago de Cuba; estuvieron entre los miles de expulsados de 1809 hacia Nueva Orleáns, donde parece que se mantuvieron de manera precaria; regresaron a Santiago y Francisco se hizo tonelero; casó con Ana Virginia Armaignac, también descendiente de franceses y tuvieron como único hijo a Pablo. Éste hizo estudios primarios en la capital oriental hasta que la familia, en un momento de bonanza económica, se mudó definitivamente a Francia, estableciéndose en Bordeaux. En el Liceo de esa ciudad completó su formación el joven Pablo.

Uno de los parnasianos franceses, José María de Heredia y Girard, había nacido en Santiago de Cuba en el seno de la comunidad francófona. Era descendiente del gran poeta romántico cubano, también santiaguero, José María de Heredia y Heredia, muy conocido por su *Oda al Niágara*. Heredia, el parnasiano, escribió la mayoría de sus versos en francés, pero siempre se mantuvo vinculado espiritualmente a Cuba.<sup>29</sup>

Otros descendientes de los primeros emigrados adquirieron renombre en el ámbito caribeño o, más modestamente, en la localidad que los viera nacer: sobresalieron en las ciencias, las letras y las artes. Todos habían aprendido de sus padres el francés o el *créole*; pero sus lenguas de uso cotidiano fueron el español y la *patois*. Además de la *Marseillaise*, blan-







cos, mulatos y negros conocieron la *Marche de l'armée de Sambre-et-Meuse*, el *Chanter Depart* y los versos sagrados pronunciados por Boukman en la noche terrible de Bois-Caiman; bailaron el minuetto, la contradanza o las irónicas imitaciones de las tumbas; recitaron fragmentos del *Cid* de Corneille o conjuros del vodú. Pero todos disfrutaron también de la música criolla: bailaron *La Sopimpa* y *El Calabazón*; cantaron *La Chupadera* y arrollaron en las comparsas, ya fueran de “franceses” o de “cubanos”; aprendieron los poemas de Heredia, el romántico desterrado, y se deleitaron con las páginas del *Quijote*.

El francés criollo, nacido en Guantánamo o en Santiago, se unió de manera invariable a sus coterráneos, hijos de españoles o de africanos. Juntos sufrieron el despotismo de los gobernantes colonialistas españoles, y juntos marcharon, cuando fue necesario, con las armas en las manos, a luchar por la libertad de Cuba en innumerables campos de batalla.



### Notas

<sup>1</sup> Beauvallon, ob. cit., pp. 282, 283.

<sup>2</sup> Bacardí, ob. cit., t. III, p. 24.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 270.

<sup>4</sup> Cuba: comúnmente se mencionaba así a la ciudad de Santiago de Cuba y cubanos a sus habitantes.

<sup>5</sup> Las jurisdicciones se dividían en partidos, los cuales contaban a su vez con varios barrios.

<sup>6</sup> Querida, no puedo sentirme orgullosa de esta prole que comienza a subir: todos presumen haber salido de las bragas de Júpiter. (Se respeta la ortografía francesa de Bacardí.)

<sup>7</sup> No títa, no habré salido de las bragas de Júpiter, pero... se me antoja que tampoco salí de las entrepiernas de una negra. (Se res-





peta la ortografía francesa de Bacardí.) Bacardí, ob. cit., t. III, pp. 238, 239.

<sup>8</sup> La guerra por la independencia de Cuba se inició el 10 de octubre de 1868, precisamente en el Departamento Oriental.

<sup>9</sup> La denominación *mambí*, de origen africano, en principio se utilizó por los colonialistas españoles como un calificativo insultante y despectivo para los insurgentes cubanos. En poco tiempo, los propios revolucionarios reivindicaron el vocablo como símbolo de rebeldía y de afán independentista.

<sup>10</sup> Esta forma dialectal guarda semejanza con el *créole* en lo esencial, pero evidentemente ha sufrido tal grado de transculturación, que un hablante haitiano no establece con facilidad comunicación con un cubano descendiente de haitianos; circunstancia que hemos podido comprobar en la actualidad, durante la celebración de los Festivales del Caribe que se organizan en Santiago de Cuba anualmente, con la presencia de unos y otros. Cfr. Isabel Martínez Gordo: *Algunas consideraciones sobre Patois cubain de F. Boytel Jambú*.

<sup>11</sup> Bacardí, ob. cit., t. II, pp. 461, 462, y t. III, pp. 193, 194.

<sup>12</sup> *Ibidem*, t. II, pp. 289, 290.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 433. La crónica está redactada así: “La banda de música del regimiento de Isabel II, dirigida por D. Julián Reynó, toca en la retreta de la Plaza de Armas, por primera vez, el canto *El Cocoyé*, y a la conclusión se le aclama con vivas y aplausos que no había alcanzado ninguna otra composición”.

<sup>14</sup> Ver notas 3, p. 29, y 4, pp. 29-30.

<sup>15</sup> “Los altares de cruz, en ciertos casos, revestían los caracteres de una fiesta (...) comenzando por un altar de dos escalones (...) allí las flores, las frutas, sobre todo los corojos, marañones y caimitos; allí los cantares improvisados, más o menos picarescos y más o menos ordinarios, según la familia en cuya casa se hacían los festejos; y allí la frescura o atrevimiento de alguna damisela más o menos sincera o descocada, poniendo la banderita a uno de los jóvenes concurrentes, buscando al más rumboso para la continuación de la fiesta que concluía con una verdadera parranda”. Bacardí, ob. cit., t. II, p. 462.

<sup>16</sup> “Múltiples eran los talleres artesanales en que trabajaban franceses: talabarterías, herrerías, talleres de fundición, de mecánica, sombrererías, relojerías, carpinterías, sastrerías y litografías...”. Berenguer, ob. cit., p. 83.





“almacenes como los de los señores Verderau, Michel, Fleury en Gallo no. 3; Gallo no. 15, almacenes de Carlos Bacarisse (donde vendían vinos de Bordeaux, entre otros productos). Hacia los años veinte, la calle del Gallo se había llenado de almacenes...”. Orozco, ob. cit., p. 35.

<sup>17</sup> Bacardí, ob. cit., t. II, p. 432.

<sup>18</sup> Beauvallon, ob. cit., p. 248.

<sup>19</sup> *Ibíd.*, pp. 253-254.

<sup>20</sup> Orozco, ob. cit., p. 24.

<sup>21</sup> Hoja enorme, muy gruesa y alargada, que recubre la parte más alta del tronco de la palma real, árbol nacional de Cuba que ocupa un lugar preferente en el escudo de la República. La *yagua* se empleó por los aborígenes taínos y luego por los campesinos cubanos para cobijar y emparedar sus viviendas, fabricar calzado, recipientes para líquidos y otros muchos usos.

<sup>22</sup> Especie de zurrón con agarraderas, por lo general hecho de las hojas trenzadas del guano. Se fabrica manualmente de variados tamaños. Esta técnica artesanal de trenzar también sirve para cofrecillos, tapices, alfombras, sombreros y es muy cotizada por el turista de cualquier latitud. Al *jabuco* también se le llama *jabá*.

<sup>23</sup> Beauvallon, ob. cit., p. 274.

<sup>24</sup> *Ibíd.*, pp. 254-255.

<sup>25</sup> *El Redactor*, 14 de junio de 1857.

<sup>26</sup> “Educación a la francesa”; *ibíd.*, pp. 36, 37.

<sup>27</sup> El doctor José Antonio Portuondo, uno de los más preclaros ensayistas cubanos del siglo xx, publicó un estudio sobre esta manifestación teatral denominado *Alcance a las relaciones*. También el autor del presente ensayo ha investigado entorno al tema y publicado algunos artículos en revistas y periódicos cubanos y latinoamericanos.

<sup>28</sup> Desde mediados del siglo xix, los desfiles de mamarrachos, durante los carnavales de Santiago, cuentan con un concurso que premia comparsas, relaciones y otros exponentes de la cultura popular.

<sup>29</sup> Poeta de sangre mestiza, nacido en el cafetal La Fortuna, el 22 de noviembre de 1842. Estudió en Francia y reunió un centenar de sonetos en el libro *Les Trophées*. Llegó a ser miembro de la Academia Francesa. En el libro ya citado de Rosemond de Beauvallon,





durante su visita al cafetal La Fortuna, propiedad de don Domingo de Heredia, el viajero cuenta: “Encontramos a Madame de Heredia [Louise Girard, cuyos padres habían venido de Saint-Domingue, *N. del A.*] en su salón sentada junto a su madre, criolla de Saint-Domingue, y rodeada por su familia que se componía, por el momento, de una muchacha alta y hermosa, de un niño en brazos que agitaba alegremente sus manitos, viendo como sus dos hermanas más jóvenes corrían a presentarnos sus cabezas de serafines...” (ob. cit., p. 286). El niño en brazos era José María de Heredia y Girard. El poeta falleció en París en 1905. Hace unos pocos años se develó un busto de bronce con su imagen, en una pequeña plaza del otrora aristocrático barrio Vista Alegre, en Santiago de Cuba.





## Mué alé nau vea...

### *Mué alé nau vea...\**

Los años de esplendor apenas se habían anunciado con las primeras cosechas de café, antes de las expulsiones de 1809. Restablecidos a partir de 1813, los colonos franceses alcanzaron su período culminante entre 1830 y 1868. El toque de campana de La Demajagua<sup>1</sup> arrasaría con los exponentes materiales de esta cultura. La guerra trajo consigo la destrucción de las cuatro quintas partes de las riquezas agrícolas de los departamentos de Las Villas, Camagüey y Oriente. Las plantaciones azucareras fueron entregadas a las llamas; los ingenios y trapiches, destruidos; los cafetales abandonados y las casas haciendas convertidas en fortines, sistemáticamente asediados y atacados hasta su ruina total.

Pero no sucedió lo mismo con los rasgos espirituales de procedencia francesa y franco-haitiana. El proceso de fusión de las culturas que convergen en el

---

\* Yo me voy a la montaña... (*patois cubain*).





panorama suroriental de la Isla, había logrado ya amalgamar los más fuertes ingredientes espirituales en una sólida y definida personalidad, claramente diferenciada de la del resto del país. Por otro lado, las especificidades que distanciaban a los cubanos de los españoles, en el contexto de toda la colonia, resultaban ya prácticamente insalvables y marcaban una división política, social y económica que sólo podía resolverse con un conflicto armado que condujese a los cubanos a su plena independencia. A esta contradicción no escapaban los criollos del suroriente de Cuba; pudiera decirse que el fuerte grado de mestizaje de culturas que poseían los santiagueros y guantanameros, se correspondía con el creciente sentimiento antiespañol e independentista que sentía la inmensa mayoría de los cubanos, ricos o pobres.

La transculturación había obrado lo suyo, pero el principal factor de unión fue la política miope de España y la condición de ciudadanos de tercera clase a que se veían reducidos todos los cubanos. La prolongación ilegal de la trata negrera, el fracaso del movimiento reformista criollo ante las Cortes españolas y la imposición desde la metrópoli de un nuevo sistema tributario que esquilma aún más a los agricultores e industriales de la Isla, devinieron las causas internas que agitaron los ánimos.

Cuba y Puerto Rico eran las últimas colonias españolas en América: el gran imperio levantado sobre la sangre de millones de seres se había desplomado ante el empuje de la gesta bolivariana. Una serie de acontecimientos internacionales contribuyeron a que, en la segunda mitad de la década del 60, los cubanos determinaran lanzarse a la lucha: los liberales nortños habían triunfado sobre los esclavistas del sur en la Guerra de Secesión de Estados Unidos; Maximiliano





de Austria había caído ante la tenacidad de Juárez y del pueblo mexicano. La crisis económica mundial de 1866 haría el resto. España no podría sostener, sin pagar un alto precio, a la más importante y rica isla del Caribe.

El 10 de octubre de 1868 estalló la revolución en la región donde habían prendido con mayor arraigo las ideas liberales y cuyas condiciones eran propicias a la expansión de los espíritus rebeldes. Manzanillo, Bayamo, Holguín y Las Tunas forman un cuadrilátero que ocupa el centro oeste de la antigua provincia de Oriente y lo atraviesa de norte a sur. Al llamado de un ilustre abogado bayamés, Carlos Manuel de Céspedes, cuya primera disposición fue darles la libertad a sus esclavos, en pocas semanas acudieron miles de hombres de todas las edades y condiciones sociales.

De Santiago de Cuba y Guantánamo, regiones con características económicas muy distintas a las de los territorios insurreccionados, se incorporaron en lo fundamental los blancos pobres, mulatos y negros libres de la ciudad y el campo, junto a un nutrido grupo de jóvenes profesionales de ideas avanzadas.

Familias enteras, sacrificando todo género de comodidades, se lanzaron a la manigua<sup>2</sup> para seguir a los libertadores. Los habitantes de Bayamo no vacilaron en prender fuego a su ciudad para evitar que cayera en manos del ejército español. Centenares de mujeres, ancianos y niños murieron en la profundidad de los montes o en oscuras cuevas serranas por falta de atención médica y por hambre; otros sucumbieron ante la crueldad de los guerrilleros<sup>3</sup> y de los propios españoles.

La guerra se extendió a los departamentos de Camagüey y Las Villas y duró diez largos años. Había sido desatada por propietarios y profesionales que go-





zaban de bienestar económico, pero al calor de la lucha fueron ascendiendo por su meritoria actuación hombres humildes y de escasa instrucción, incluso esclavos. La lucha por la independencia sirvió como factor de integración de la nacionalidad cubana, reafirmando la unidad por encima de las diferencias de clase y de las especificidades regionales.

La guerra aceleraría el proceso de transculturación que se fraguaba en el suroriente del país. La mayoría de los criollos, hijos de españoles, franceses, franco-haitianos o africanos, se sentían cubanos: todos eran “perros mambises” para el ejército colonialista. Muchos combatieron en la manigua; algunos prestaron servicios en las ciudades como espías y correos; una buena parte se vio obligada a emigrar. En tierras extrañas compartieron con otros cubanos las privaciones, la desesperación y el ansia de alcanzar la victoria para regresar a la patria, y contribuir a convertirla en república independiente.

Si bien la mayoría de los hacendados cafetaleros de Santiago de Cuba y Guantánamo se opusieron a la guerra y algunos se enfrentaron decididamente a las tropas insurrectas, no es menos cierto que un buen número de descendientes de franceses, incluso parientes cercanos de los más poderosos, se rebelaron contra España. En proporción aún mayor, integraron las filas libertadoras los negros y mulatos libres descendientes de los emigrados.

Sobre la participación de los “franceses criollos” en la guerra, resulta concluyente la narración del coronel Fernando Figueredo Socarrás, acaso el más importante cronista de la gesta del 68;<sup>4</sup> sobre su encuentro con las tropas que comandaba el general Antonio Maceo.<sup>5</sup> Ocurrió en 1877, en momentos de aciaga división en el bando insurrecto, cuando una parte de







las tropas mambisas de Holguín se había insubordinado contra los supremos poderes de la República en Armas:<sup>6</sup>

“Los exploradores me presentaron un moreno que decía ser de las fuerzas del capitán Solís y con la mayor naturalidad nos sorprende con la noticia de que el general Maceo, con fuerzas de Guantánamo, había acampado en las estancias de Solís, media legua del lugar donde nos encontrábamos... Aquello era demasiado grande, demasiado bueno para que pudiéramos creerlo. Fue necesario aceptar al moreno con reserva. Le ordené que se quedara a mi lado mientras los exploradores García y Gutiérrez marchaban a reconocer las estancias de Solís. Les advertí se aproximaran cuanto pudieran, y que no permitieran que nadie los viera: que trataran de ver a la gente, y si eran blancos no esperarían más detalles y vinieran a incorporárase, pues era la fuerza de Holguín ojeando la montaña y recogiendo las familias y, si por el contrario, eran negros, se aproximaran hasta oírlos hablar, y si hablaban en francés, entrasen sin desconfianza, que era la tropa de Maceo. ¡A tal extremo habíamos llegado en aquel paréntesis de la Revolución, que el patriotismo se medía por el color de la piel! ¡Oh, caprichos de la Revolución de Cuba!”<sup>7</sup>

Las tres guerras que jalonan el período de 1868 a 1898 vieron combatir, como oficiales o simples soldados, a negros, mulatos y blancos de inconfundible estirpe francesa: los Alexandre, Anfoux, Antomarchi, Bataille, Bassan, Beauvilliers, Brossard, Coureaux, Crombet, Dagnery, Daudinot, Deymier, Despaigne, Duboscq, Ducasse, Dufourcq, Dupin, Fournier, Goulet, Lacoste, Lactret, Lafitte, Lavielle, Lorain, Mompíe, Musset, Poutou, Ribeaux, Rigondeaux, Touquet,





Trenard, Valton... todos aprendieron a luchar y a morir bajo una nueva bandera.

### Notas

<sup>1</sup> Ingenio azucarero, propiedad del abogado Carlos Manuel de Céspedes, donde éste liberó a sus esclavos y dio el grito de Independencia o Muerte el 10 de octubre de 1868. Así iniciaba Cuba sus luchas para sacudirse el yugo español. Céspedes es considerado hoy el Padre de la Patria.

<sup>2</sup> En Cuba se denomina así un terreno de vegetación salvaje y muy tupida. El término se utiliza genéricamente para designar el campo de batalla.

<sup>3</sup> Los españoles llamaban contraguerrillas a las unidades militares de cubanos que por una exígua paga luchaban contra los patriotas. Éstos los llamaban despectivamente “guerrilleros”.

<sup>4</sup> Ver Fernando Figueredo Socarrás: *La Revolución de Yara*, Instituto del Libro, La Habana, 1968.

<sup>5</sup> El más grande general cubano de las guerras de independencia del siglo XIX. Mulato, había nacido en Santiago de Cuba en 1845 y murió en el combate de Punta Brava, provincia Habana, el 7 de diciembre de 1896.

<sup>6</sup> Los patriotas cubanos, desde la Constitución de Guáimaro (1869), se dieron una república, constituida por un poder ejecutivo y otro legislativo, que desempeñaron el frente político y civil de la Revolución.

<sup>7</sup> Figueredo Socarrás, ob. cit., p. 256.





## ***Isit tud gran men sa bel bón***

### *Isit tud gran men sa bel bón\**

Santiago de Cuba y Guantánamo, encabezadas por las ciudades del mismo nombre, son las provincias que ocupan hoy el sureste de la Isla. Palma Soria-no, Alto Songo, Contramaestre, San Luis y La Maya, en la primera; y Baracoa y Caimanera, en la segunda, son otros núcleos urbanos de importancia.

Las emigraciones haitianas a Cuba en este siglo, como se señala al inicio de este ensayo, resultaron numerosas hasta 1959. Sus protagonistas arribaron por Oriente, donde muchos se asentaron, pero también se extendieron hacia provincias relativamente lejanas como Ciego de Ávila y Camagüey. La huella cultural de estos emigrados y sus descendientes, a pesar de la discriminación y el grado de explotación a que fueron sometidos, se percibe aún en muchas zonas rurales, donde mayormente desarrollan su actividad económica. En estos casos, tampoco debe pensarse en una

---

\* Aquí todo el mundo es bueno... (*patois cubain*).





cultura puramente haitiana, debido a las estrechas relaciones que se establecieron entre los emigrados y la población negra cubana del campo: la convivencia, el trabajo y las vicisitudes comunes, operaron como un crisol donde lograron fundirse expresiones culturales diversas. No obstante, la presencia del vodú como práctica religiosa es fuerte e influye sobre comunidades sin ascendencia haitiana.

Todavía se habla “francés criollo” o *patois cubain* en la cordillera de la Gran Piedra y en la cuenca oriental del río Cauto.<sup>1</sup>

Subsisten dos sociedades de tumba francesa, en Santiago de Cuba y Guantánamo, las cuales reciben una pequeña ayuda del Estado y desfilan en los carnavales: siguen imitando en sus bailes a los antiguos amos y tejen cintas de colores sobre un asta que lleva en lo alto una estrella. La de Santiago de Cuba acaba de ser declarada Patrimonio de la Humanidad, por la UNESCO.

El Tivolí, ahora con acento en la última sílaba, continúa siendo un barrio de músicos y bailarines. Todavía caminan por sus calles mulatos y negros de finas maneras: pueden apellidarse Verdereaux o, simplemente García, Brossard, pero todos hablan con orgullo de su estirpe. El último francés santiaguero de prestigio internacional, Jorge Lefevre, emigró a Europa durante la dictadura de Fulgencio Batista en 1957, fue bailarín principal de la compañía de Maurice Béjart y en pocos años se convirtió en primer coreógrafo del Ballet Real de Wallonie. Sus dos últimas obras fueron estrenos mundiales en Santiago de Cuba a fines de los 80 y revelaron la exquisita agudeza de Lefevre, así como su sensibilidad y amor por una expresión mestiza de la cultura.





Otros artistas y escritores cubanos han dedicado parte de su obra creadora e investigativa a la presencia francesa en esta región del país.

*Vía Crucis*, novela de Emilio Bacardí, es una historia de esplendor y caída, de emotiva reflexión sobre la vida de una familia de inmigrantes, los Delamour, que finaliza con la incorporación de sus descendientes a las filas mambisas de la Guerra de los Diez Años: esta obra se llevó a la televisión en forma seriada.<sup>2</sup> En las *Crónicas de Santiago de Cuba*, del mismo autor, pueden encontrarse numerosos datos y noticias sobre franceses.

Francisco Pérez de la Riva dio a luz en 1944 *El café: historia de su cultivo y explotación en Cuba*, en el cual se da relevancia al cafetal francés como foco de irradiación cultural. Publicados después de 1959, ya hemos citado los libros y artículos de Franco, Berenguer, Cruz, Olga Portuondo y Orozco Melgar. También José Millet y Rafael Brea, en su estudio *Grupos Folklóricos de Santiago de Cuba*, dedican amplio espacio a la presencia franco-haitiana en esta ciudad y su influencia en el desarrollo de la cultura popular; en especial, de las fiestas de carnaval. El narrador e ingeniero Jorge Luis Hernández ha investigado las características del proceso industrial en el cafetal francés. Entre los trabajos de lengua francesa, además de los de Beauvlloun y Piron, hay que destacar la tesis de doctorado de Alain Yacou, de Guadalupe, titulada *L'emigration á Cuba des colons françaises de Saint-Domingue au cors de la Révolution*, presentada en la Universidad de Bordeaux.<sup>3</sup>

Cerca de mil apellidos de origen francés son llevados por cubanos de las actuales provincias de Santiago de Cuba y Guantánamo.





Las ruinas del cafetal La Isabelica, en la Gran Piedra, se reconstruyeron de manera concienzuda, según los planos de aquella época y hoy se conocen popularmente como “el museo de los franceses”.<sup>4</sup> La mayoría de estos cafetales ha dejado su huella: Fraternidad, en proceso de restauración, cerca el poblado de Ramón de las Yaguas; Kentucky, al parecer fundado por emigrantes de Nueva Orleans; La Indiana, escenario de una famosa batalla en la guerra del 68; El Olimpo, también en la subida a la Gran Piedra; Tres Arroyos, La Gran Sofía, La Amitié, Villanueva, La Linne, Providence, La Somanta, Le Grand Colin, La Luz, La Talía y otros, hasta sobrepasar el medio centenar, son ruinas de un pasado a la vez glorioso y convulso, exponentes de una elevada cultura material y testigos de la gesta de un pueblo para alcanzar su emancipación.<sup>5</sup>

Acerca de la presencia de otros rasgos de la cultura francesa en esta región, sería impropio tratar de encontrarlos en estado puro. Los inmigrantes no vinieron a poblar una isla desierta; tuvieron que mezclarse con sus habitantes y con los integrantes de flujos migratorios posteriores procedentes de muchas partes del mundo.

Con rasgos muy amestizados de raíces africanas, españolas, francesas y haitianas, el sureste del país integra, con especificidades claramente diferenciadas, el conjunto de expresiones que conforman una cultura nueva, la cubana, que se abre paso con singular vigor en el ámbito caribeño y latinoamericano.

## Notas

<sup>1</sup> El río más largo de Cuba. Nace cerca de Santiago, en la falda norte de la Sierra Maestra, toma rumbo noroeste y desemboca cerca de la ciudad de Manzanillo, en la actual provincia de





Granma.

<sup>2</sup> Con guión y dirección del autor de este ensayo, la serie obtuvo varios premios nacionales de televisión en 1985.

<sup>3</sup> Consulté un ejemplar mimeografiado en la Biblioteca de la Casa de las Américas, en La Habana.

<sup>4</sup> Esta restauración se debe al empeño del sabio Francisco Boytel Jambú, ya citado.

<sup>5</sup> En otras fuentes, hemos recogido más nombres: La Zélie, La Caroline, La Marianne, Fortunée, Montebello, La Nouvelle Escocie, La Merced, Unión, Sitges, La Idalie, Santa Rosa, La Africana, Saint Sebastian, Saint John d'Escocie, La Victoria, La Siberie, Simpatía, Santa Paulina, La Magdalena, Visitación, Bella Vista, La Herminia, La Favorita, Plasencia.









## Bibliografía

Álvarez Estévez, Rolando: *Huellas francesas en el occidente de Cuba (siglos XVI-XIX)*, Ediciones Boloña, Editorial José Martí, La Habana, 2001.

Bacardí y Moreau, Emilio: *Crónicas de Santiago de Cuba*, t. I: Tipografía de Carbonell y Esteva, Barcelona, 1908; t. II: Tipografía Arroyo y Hermanos, Santiago de Cuba, 1925; t. III: Tipografía de B. Bauza, Barcelona, 1913; ts. IV, V y VI: Tipografía Arroyo y Hermanos, Santiago de Cuba, 1923.

\_\_\_\_\_: *Via Crucis*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1979.

Berenguer Cala, Jorge: *La inmigración francesa en la jurisdicción de Cuba*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1979.

Brea, Rafael y J. Millet: *Grupos folclóricos de Santiago de Cuba*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1989.

Buch López, Ernesto: *Santiago de Cuba, ciudad de heroísmo y de leyenda*, Editorial Lex, La Habana, 1947.

Callejas, José María: *Historia de Santiago de Cuba*, La Habana, 1911.





Carpentier, Alejo: *Guerra del tiempo*, Instituto del Libro, La Habana 1968.

\_\_\_\_\_ : *El reino de este mundo*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1978.

Castro Lores, José Ignacio: *Baracoa, apuntes para su historia*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1977.

Cesaire, Aimée: *Toussaint Louverture*, Instituto del Libro, La Habana, 1967.

Corbea, Julio: “El naufragio de la *Temis*; un episodio francés de la trata clandestina en Santiago de Cuba en 1822”, en revista *Del Caribe*, no. 39 del 2002.

Cruz, Laura: “La impronta bordelés en el Santiago colonial”, en revista *SIC*, no. 13, enero-marzo del 2002.

Dirección Política de las FAR: *Historia de Cuba*, 2ª ed., Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1968.

Figueredo Socarrás, Fernando: *La revolución de Yara*, Instituto del Libro, La Habana, 1968.

Foner, Phillips S.: “De la conquista a la Escalera”, en *Historia de Cuba y sus relaciones con Estados Unidos*, t. I, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973.

Franco, José Luciano: “La batalla por el dominio del Caribe y el golfo de México”, en *Historia de la revolución de Haití*, t. III, Instituto de Historia, Academia de Ciencias, La Habana, 1966.

\_\_\_\_\_ : *Comercio clandestino de esclavos negros en el siglo XIX*, Instituto de Historia, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana, 1971.

Fuentes Matons, Laureano: *Las artes en Santiago de Cuba*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981.





- Guerra, Ramiro: *Manual de Historia de Cuba; desde su descubrimiento hasta 1868*, Centenario, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1971.
- \_\_\_\_\_ : *La guerra de los diez años*, 2 ts., Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1972.
- Hernández Balaguer, Pablo: *El más antiguo documento de la música cubana y otros ensayos*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1978.
- James, Joel: *En las raíces del árbol*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1988.
- Ortiz, Fernando: *Los negros esclavos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- Martínez Gordo, Isabel: *Algunas consideraciones sobre Patois cubain de F. Boytel Jambú*, Editorial Academia, La Habana, 1989.
- Orozco, María Elena: "Santiago de Cuba hacia 1840; los planos de Luis Francisco Delmés", en revista *Del Caribe*, no. 25 de 1996.
- \_\_\_\_\_ : *Presencia francesa e identidad urbana en Santiago de Cuba*, Ediciones Santiago, Santiago de Cuba, 2002.
- Pérez de la Riva, Francisco: *El café: historia de su cultivo y explotación en Cuba*, Jesús Montero Editor, La Habana, 1944.
- Pérez de la Riva, Juan: *El barracón y otros ensayos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- Pérez Rodríguez, Nancy: *El carnaval santiaguero*, 2 ts., Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1988.
- Pezuela, Jacobo de la: *Historia de la Isla de Cuba*, 4 ts., Carlos Baille-Baillièrre, Madrid, 1868.
- Piron, Hippolyte: *La Isla de Cuba*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1995.
- Portuondo Moret, Octaviano: *Presencia de Santiago en la guerra del '68*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1981.





Portuondo Zúñiga, Olga: *Santiago de Cuba; desde su fundación hasta la guerra de los diez años*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1996.

\_\_\_\_\_ : “Educación francesa”, en revista *SIC*, no. 13, enero-marzo del 2002.

Price-Mars, Jean: *Ainsi parla l'oncle; essays d'ethnographie*, Port-au-Prince, 1928.

Roloff Mialofsky, Carlos: *Índice alfabético y defunciones del Ejército Libertador de Cuba*, Imprenta de Rambla y Bouza, La Habana, 1901.

Schoelcher, Victor: *Vie de Toussaint Louverture*, París, 1889.

Yacou, Alain: “L'emigration á Cuba des colons françaises de Saint-Domingue au cors de la Révolution”. Tesis de doctorado, 5 ts., Université de Bordeaux [s.a.] (mimeografiado).

\_\_\_\_\_ : “Santiago de Cuba a la hora de la revolución de Santo Domingo”, en *Del Caribe*, no. 26 de 1997.



### **Revistas y periódicos**

*El Redactor*, Santiago de Cuba.

*Del Caribe*, Santiago de Cuba.

*SIC*, Santiago de Cuba.

*Revolución y Cultura*, La Habana.





## Anexo

Los apellidos que aparecen en este Anexo se recopilieron en fuentes referidas a épocas diversas. En las *Crónicas de Santiago de Cuba* seguí cuidadosamente los asientos desde 1750 hasta 1878. Más de un centenar de franceses y descendientes se mencionan, sobre todo, en noticias acerca de trámites jurídicos de naturalización o negocios; también, sobre arribos y expulsiones.

En mayor número se encuentran en “L’emigration á Cuba des colons françaises...”, ensayo ya citado del profesor Alain Yacou, que recoge listas de pasajeros que arriban a puertos cubanos en un período aproximado entre la última década del siglo XVIII y las dos primeras del XIX.

Utilicé un índice onomástico de la Guerra de los Diez Años, trabajo en preparación en el cual he logrado reunir más de 6 000 fichas de soldados, personas que trabajaron en la clandestinidad y emigrados entre 1868 y 1878. En este caso, trabajé sólo con los avecindados, al principio de la contienda, en la zona que va desde Cambute y Baire hasta Baracoa, de oes-





te a este, y desde la línea Palmarito-Cuchillas del Toa hasta la costa del Caribe, de norte a sur, lo que corresponde aproximadamente a las jurisdicciones de Cuba y Guantánamo en aquella época.

En el *Índice alfabético y defunciones del Ejército Libertador de Cuba*, del general cubano de origen polaco Carlos Roloff, que relaciona a los soldados y oficiales combatientes de la guerra de 1895 a 1898, sólo me remitió a los regimientos que se formaron en la zona delimitada en el párrafo anterior.

También consulté el directorio telefónico de la antigua provincia de Oriente, editado por el Ministerio de Comunicaciones en 1960, y un grupo de fuentes más actuales, tales como listas de electores en la provincia de Santiago de Cuba y compilaciones sobre profesionales, obreros, campesinos, artistas y atletas, aparecidas en diversas publicaciones periódicas.

En casi todas las fuentes se observan a veces transcripciones incorrectas de los apellidos. Muchos de éstos se hispanizaron en el transcurso de los años, por sentido práctico o por corrupción fonética.

Por otra parte, encontré apellidos cuyo origen francés puede parecer dudoso, pero en esos casos recogí sólo los que tienen un aval indiscutible. Cabe la posibilidad de que familias alemanas, inglesas, catalanas o vascas de la Península, se hubiesen establecido en Francia —y después en Haití— antes de la segunda mitad del siglo xvii, y por la fuerza de los acontecimientos hayan venido a parar a Cuba.

Lo que puede resultar de mayor importancia para el lector es que las tres cuartas partes de los casi 2 000 apellidos aquí relacionados pertenecen a cubanos vivos.





## A

Adam	Antoine
Agathe	Antomarchi
Agenor	Apin
Agulé	Aragno
Agustín	Aragon
Alemagny	Archet
Alerde	Archeveque
Alexandre	Ardouim
Alexi	Argudin
Algrain	Armaignac
Allard	Armand
Allegret	Armot
Allide	Armour
Allouis	Arnaud
Alvons	Arnot
Amat	Aroseau
Amito	Arpagnon
Ancoin	Arquin
Andarín	Auber
Andiemon	Audivert
Andoux	Aulet
André	Aune-Lepretre
Andreal	Aunio
Andrin	Autrie
Andrion	Avard
Anfoux	Avignaud
Anies	Aymer
Aniz	

## B

Babichet	Bacher
Bacarisse	Bacher Boisgely





Bachie  
Bacile  
Bagno  
Bagnon  
Bagué  
Baguer  
Bahr  
Baillant  
Bailly  
Bairie  
Balacroix  
Balagne  
Balamo  
Balan  
Balanceau  
Balandrin  
Balangues  
Balar  
Balard  
Balart  
Balas  
Baleton  
Baliard  
Ballaus  
Balmagnia  
Baloleu  
Balon  
Banette  
Bano  
Banquet de la Roque  
Barabino  
Baratide  
Baratute  
Barber  
Barbet

Barbier  
Barcaba  
Barcelay  
Bardonne  
Baronet  
Barraud  
Barriere  
Bart  
Barthelemy  
Barthliere  
Bartole  
Baset  
Bassa  
Bassacarte  
Bassan  
Bassié  
Basson  
Bataille  
Batalla  
Batifola  
Bauvais  
Bayan  
Bayard  
Bayeaux  
Baylle  
Bayona  
Bayú  
Bazy  
Beauballet  
Beaufrand  
Beaujolais  
Beaulieu  
Beaussay  
Beauvilliers  
Bebet







Bebeuf Malvin  
Bedar  
Bedout  
Bejotte  
Belancheu  
Beleau  
Belecave  
Belette  
Beliger  
Belleau  
Bellecour  
Bellegarde  
Belnoz  
Belot  
Belquier  
Bena  
Bendig  
Benet  
Benois  
Benoit  
Benolt  
Bequillon  
Berdion  
Berg  
Berger  
Bergnes  
Berié  
Beris  
Bernabaud  
Bernard  
Bernet  
Bernhardt  
Bernis  
Bernot  
Berovet

Berquier  
Berrier  
Berthaud  
Berthe  
Berthier  
Berthot  
Bertol  
Bertot  
Bertrand  
Beson  
Bessalu  
Bessaunne  
Besse  
Besson  
Betin  
Beurier  
Beye  
Beyries  
Bibiane  
Bicet  
Bidart  
Biernes  
Bignote  
Bigot  
Birabou  
Biron  
Birtan  
Bisset  
Biszard  
Bittar  
Bitton  
Bizet  
Blanc  
Blancard  
Blanchard





Blanche	Bonneau
Blanchet	Bonnet
Blanchié	Bonnin
Blay	Bonout
Bles	Bordeaux
Blet	Bordelais
Blez	Bordelois
Bobeb Desbrousses	Bordevielle
Bocout	Bordoix
Bogard	Boreau
Bohomer	Borely
Boifet	Boronat
Bois	Borrell
Boissier	Bosoleu
Boizan	Bouche
Boleau	Boucher
Bolois	Bouchereau
Bolsi	Bouclé
Bombas	Boucognani
Bombus	Boudet
Bomé	Boue
Bomon	Boulhereau
Bon	Bouilly
Bonaguet	Bouquets
Bonard	Bourdo
Bonato	Bourgeois
Bonbalé	Bourgeouil
Bonbalier	Bourguignon
Boncaut	Bourzac
Boncheraux	Bousonne
Bonefoi	Bousquet
Bonette	Boutier
Bonfils	Bouvrin
Boniard	Bouyon
Bonne	Boylan





Boyver  
Bozel  
Brache  
Bramond  
Bravet  
Brea  
Breard  
Breffe  
Bremon  
Bressler  
Bresy  
Breton  
Bridon  
Brierzy  
Brievre  
Brighau  
Brindel  
Brio  
Brisa  
Brisler  
Brocard  
Bronard  
Brosard  
Brossard

Brotille  
Brouet  
Broué  
Brull  
Brum  
Brun  
Brun D'Alzon  
Brunet  
Brunnetiere  
Brusac  
Bruseau de la Roque  
Brussonne  
Budon  
Buisonelis  
Buissier  
Bulgade  
Bullain  
Buret  
Burguet  
Busquets  
Busse  
Bustaret  
Butron  
Buyreu



## C

Caballer  
Caballier  
Cabanach  
Cabe  
Cachemaille  
Cahin  
Caignet  
Cairol

Cais  
Calard  
Callis  
Callot  
Calmell  
Calvet  
Cam  
Cambon





Camfrancq	Caron
Campagne	Carrere
Campins	Carrie
Campistrous	Carron du Villards
Camué	Carrur
Camus	Cartier
Canades	Carussin
Canaps	Cascaret
Cancagnon	Cassacau
Candau	Cassard
Candeau	Cassimajour
Candebat	Cassou
Candron	Castille
Caneluz	Cauchois
Canet	Cauillard
Canfran	Caussade
Canpagnon	Causse
Caperre	Cavaillon
Capet	Cavalier
Carasou	Cavelier
Carat	Cavin
Carcasses	Cayatte
Cardon	Cazar
Cardonne	Cazenave
Caricabeau	Cecin
Carlé	Celsis
Carles	Cervereau
Carlet	Cesar
Carlier	Cesé
Carmagnole	Cessai
Carmeille	Cessin
Carmelle	Chabaud
Carmon	Chacar
Carnet	Chaneau
Caroline	Chapduc





Chapeaux	Clavel
Chapella	Claverie
Chapotín	Cleger
Chappé	Clemenceau
Charlot	Clément
Charon	Clementine
Charpentier-Legendre	Clergé
Chasserau	Cleuser
Chateliain	Climent
Chatellin	Clot
Chatruy	Cockburne
Chaudurier	Cofigny
Chaumont	Coizeau
Chauvin	Colas
Chavan	Colette
Chavannes	Colin
Chaveau	Collet
Chavenet	Collette
Chemin	Colson
Chen	Columbiet
Chenard	Colzean
Cheneau de la Megriere	Comgeamp
Cheredam	Compagne
Cheredame	Condé
Cheri	Coné
Chernin	Constant
Chevalier	Constantin
Chofurn	Constantine
Cholet	Conte
Chretien	Conty
Christine	Coos
Cirode	Corbin
Clairac	Cordier
Clarais	Cordies
Clausson	Cordiet





Cornet  
Corosme  
Corpon  
Coste-Bremon  
Couazdillon  
Coureaux  
Courejeolle  
Couroneaux  
Courouneau  
Coursin  
Court  
Courtin  
Coutonnier  
Couturier  
Couzard  
Cremé  
Cremen

Cresné  
Cribé  
Crignero  
Crivi  
Crombet  
Crust  
Cruxens  
Cruzat  
Cubis  
Cumbá  
Cundu  
Cuniller  
Cupull  
Curet  
Curie  
Curnots  
Cutié



## D

D'Alessandro  
D'Allar  
D'Anglade  
D'Bonne  
D'Cappy  
D'Espagne  
D'Espaux  
Dabelstein  
Dacal  
Dafour  
Dagnery  
Dagnesses  
Dalé  
Dalet  
Dallest

Dame  
Damien  
Damiens  
Danauy  
Dancler  
Dandicourt  
Danell  
Danger  
Dangillecourt  
Daniel  
Dannel  
Dannery  
Danos  
Dantin  
Daquin





Darand	De Passade
Darcourt	De Pot
Dargar	De Thebaudiere
Dargarneras	De Vameuf
Darnoise	De Vauneuf
Darodes	De Vertieres
Dauco	De Vine
Daudinot	Debiare
Daumere	Debordes
Daunell	Debutti
Daunic	Dechapte
Daunio	Declos
Daurin	Dedieu
Dauverge	Degournay
Dauvire	Del Vaty
David	Delamay
Dayan	Delange
Dayon	Delas
De Autriac	Delat
De Ballestre	Delaunay
De Barr	Delaup
De Brosse	Delavigne
De Charon	Deler
De Faix	Delfosse
De Foix	Delié
De Jousar	Delil
De La Coudre	Delin
De La Font	Delis
De La Garde	Delisle
De Lamasse	Delmas
De Laudre	Delmés
De Lone	Delvalet
De Magnan	Delves
De Montel	Delze
De Noailles	Demar





Demiere  
Demis  
Demont  
Dendiu  
Deniault  
Denis  
Denjol  
Denoais  
Depestre  
Deravides  
Deronce  
Deronceles  
Deronsay  
Derouville  
Deroux  
Des Ombrages  
Desbois  
Descamps  
Descartes  
Deschamps  
Desdin  
Desfontaines  
Deshogues  
Deson  
Despaigne  
Despats  
Desperran  
Despotes  
Despradel  
Desquiron  
Desten  
Destournelle  
Destrade  
Destrades  
Destures

Desverine  
Deulofeu  
Devezins  
Devoes  
Devone  
Deymier  
Didier  
Dieppa  
Dihins  
Dijourne  
Dilou  
Dimé  
Dimiti  
Dimot  
Disave  
Disotoir  
Disotois  
Distivoner  
Divaitie  
Divalois  
Divaud  
Divos  
Divury  
Dobes  
Docal  
Dodé  
Domingue  
Donacien  
Donat  
Donatien  
Donciciel  
Donmant  
Dotres  
Doubourg  
Douconger







Douforneaux	Duf
Dounac	Dufat
Doural	Duffour
Doussaint	Dufis
DoussegDoussou	Dufourad
Doutré	Dufourd
Douze	Dufourg
Doval	Dufrene
Dranger	Dufresne
Dranguet	Dufuorcq
Dreux	Dugal
Drigue	Dugas
Drouillet	Dugurnet
Druco	Duhart
Drupin	Dulon
Duart	Dulou
Dubarnau	Dulsu
Dubes	Dumaine
Dublon	Dumas
Dubois	Dumois
Duboscq	Dumoulin
Dubouchet	Dumurois
Dubourg	Dunau
Dubourt	Dunet
Duboy	Dupin
Dubroca	Dupont
Ducanger	Duportant-Deshaies
Ducasse	Dupotec
Duclos	Dupotey
Duconger	Dupré
Ducoudrau	Dupuis
Ducoudray	Dupuy
Ducoureau	Duquesne
Dudefaix	Durades
Dudon	Duragnon





Duran  
Durand  
Duranger  
Durette  
Durie  
Durive  
Durruthy  
Dussac  
Dussu  
Dustel  
Dustet

Dutail  
Duthil  
Dutocq  
Dutoya  
Duval  
Duvallon  
Duvalon  
Duvergel  
Duverger  
Duvergie  
Duverty

## E

Elboronge  
Eman  
Emnis  
Emory  
Epinar  
Erاند  
Erhel  
Erotie  
Escalon  
Escanelle  
Esheler  
Esnard  
Esnau  
Espagnet

Espalter  
Esparter  
Esperon  
Espin  
Espinache  
Espinار  
Espiner  
Esteris  
Esterlin  
Estery  
Estrade  
Etcharte  
Evrant  
Experso

## F

Fabars  
Fabart  
Fabre  
Faimier

Famotte  
Fanny  
Fargie  
Farin





Farosay  
Faufi  
Fauler  
Faure  
Faureaux  
Faures  
Faurest  
Felipon  
Fenet  
Feraudy  
Ferié  
Fermoelle  
Ferrand  
Ferrat  
Ferrier  
Ferriere  
Feulet  
Fiebre  
Fiedre  
Fiet  
Fievre  
Fiffe  
Figer  
Figneaud  
Filipe  
Finet  
Flamand  
Flauty  
Flederg  
Fleury  
Florestain  
Florian  
Foch  
Foirac  
Fombernart

Fonden  
Fondin  
FontaineFavier  
Forbes  
Formaron  
Fortier  
Fortin  
Foucher  
Fouchet  
Fourcade  
Fourcauld  
Fournier  
Franc  
Franca  
Francinques  
Franck  
François  
Frandaux  
Frederic  
Frenard  
Frere-Leclerc  
Fresor  
Freteteau  
Frignet  
Frignot  
Froget  
Froisade  
Frutié  
Fuache  
Funes  
Furet  
Furtié  
Furtis  
Furuty  
Futier  
Fuxon





## G

Gabria	Gay
Gagne	Gazols
Gaignaro	Geaye
Gain	Gelats
Galafat	Geli
Galatin	Gelis
Galic	Genet
Galiot	Genis
Gall	Genoux
Gallarde	Geoffroy
Gallart	Georges
Galobarde	Georgette
Galofre	Germanie
Galtier	Gervet
Games	Gessai
Garbeillac	Gibert
Gardere	Gigaud
Gari	Gila
Gariscan	Gildron
Garrich	Gilled
Garvire	Gilleron
Garzon	Girard
Garzot	Girard Labastide
Gascon	Giraud
Gaspar	Giraudom
Gauce	Giraudy
Gauche de Bealieu	Girault
Gaul	Giribau
Gaulhiac	Giribet
Gaulhiac de Pepeireau	Girod
Gauthier	Giron
Gautier	Gisel
Gavarroche	Givent





Gobert  
Godefoy  
Godelin  
Goguet  
Goir  
Goizeau  
Golfu  
Gollet  
Gonce  
Gondin  
Gorguet  
Goulé  
Goulet  
Gouraige  
Gourfinkel  
Goux  
Goux de Lairac  
Gouyon  
Gouyonnet  
Goyc  
Grain  
Grandchamp  
Grandmont  
Grangan  
Grangel Gras  
Gravin

Gregorie  
Grene  
Grenot  
Griller  
Grimon  
Grogian  
Gross  
Groumbie  
Grovean  
Grubert  
Grullet  
Grunet  
Guenard  
Guerin  
Guffon  
Guibosse  
Guignard  
Guilart  
Guilarte  
Guilhemane  
Guillart  
Guilloden  
Guillois  
Guivet  
Gulfen



## H

Halbran  
Halcey  
Hamel  
Hardouin  
Harmant  
Harriere

Harriete  
Hastie  
Hellies  
Helvire  
Henri  
Hereaux





Herreau  
Heviter  
Hodelin  
Homasell  
Honoré  
Honwallon  
Hopdeau  
Houard  
Houdayer

Hourruet  
Hubert  
Huet de la Chelle  
Hugon  
Hugot  
Huguet  
Humbert  
Huset

## I

Iniciarte  
Inutel  
Irustre  
Isazgue

Isler  
Isnari  
Itable  
Ivonnet



## J



Jabedeille  
Jabuteau  
Jach  
Jacques  
Jacquesmare  
Jacquinet  
Jaffard  
Jagenac  
Jallan  
Janet  
Jaquinet  
Jaret  
Jaron  
Jarossert  
Jarrosay

Jary  
Jasdero  
Jauffrein  
Jauvir  
Javier  
Javin  
Javito  
Jay  
Jeanjacques  
Jeannette  
Jennot  
Jerasson  
Jessup  
Joannon  
Joffrel





Jofré  
Joly  
Joubert  
Joucault  
Jourdan  
Jouvert

Jovanneaux  
Judes  
Julbe  
Julien  
Julienne  
Juvier

## K

Kenval

Keser

## L

L'Epaule  
La Coudre  
La Crosse  
La Fontaine  
La Noval  
La Palanche  
La Porte  
La Rose  
La Salla  
Labadie  
Labagnino  
Labarger  
Labastide  
Labatut  
Labaut  
Labiche  
Laborde  
Laborit  
Laboudette  
Lacalle  
Lacasse

Lacau  
Laceau  
Lacerf  
Lachaise  
Lachapelle  
Lachataignerai  
Lacombe  
Lacon  
Lacoste  
Lacret  
Lacroix  
Lacudre  
Lacut  
Ladois  
Lafargue  
Lafclandri  
Laffaurie  
Lafferte  
Laffite  
Lafoix  
Lafond





Lafont  
Laforque  
Lagarde  
Lageyre  
Lagneau  
Lagrange  
Lagrolett  
Laime  
Lalanne  
Lalondry  
Lamacon  
Lamagneré  
Lamanon  
Lamarcq  
Lamatte  
Lamaurt  
Lambert  
Lamerecheri  
Lamont  
Lamora  
Lamothe  
Lamotte  
Lamourin  
Lamoutte  
Lamouze  
Lamplé  
Lamy  
Landeau  
Landreau  
Landron  
Lanfernal  
Lange  
Lannes  
Lanny  
Lapary

Lapeyre  
Laplace  
Laplanche  
Laplante  
Larange  
Lardillet  
Lardouet  
Largut  
Laroche  
Laroujeare  
Lartigue  
Larue  
Laseville  
Lasille  
Lassad  
Lassere  
Lassus  
Latamblé  
Latapie  
Latapier  
Late  
Laterrades  
Latour  
Laudinot  
Laugart  
Laurent  
Lauzet  
Lavadie  
Lavagnir  
Lavats  
Laveaux  
Lavielle  
Lavigne  
Lavin  
Lavoisier







Le Elert  
Le Riverend  
Leaumont  
Lebecque  
Leblanch  
Leblon  
Lebruffe  
Lebrun  
Lechande  
Leclerc  
Lecomte  
Lecour  
Lecouvreur  
Lecusay  
Lefevre  
Legendre  
Legrand  
Legras  
Lejenne  
Lelicore  
Leliebre  
Lemaugin  
Lemoine  
Leniault  
Lenssan  
Leonard  
Lepin  
Lepine  
Lepot  
Lequien  
Leroux  
Leroy  
Lesage  
Lescabes  
Lescaille

Lescay  
Lesseps  
Lestage  
Lestang  
Lestapier  
Letourneaut  
Letousé  
Levache  
Leveque  
Leverthon  
Levraire  
Lieutand  
Liloy  
Linfant  
Lingerie  
Lion  
Lissabet  
Liven  
Locas  
Locouyer  
Loguet  
Loidi  
Lombard  
Lombart  
Lombide  
Longchamp  
Longpre  
Lorain  
Lorié  
Lorient  
Lorraine  
Losan  
Loseville  
Loson  
Lotti





Louhau  
Louis  
Lourmand  
Loustonneau  
Loye

Luneau  
Lussac  
Lusson  
Luville  
Lysel

## M

Maduro  
Magnac  
Maignere  
Malbernac  
Malerbe  
Malet  
Malfan  
Malfran  
Malleau  
Mallet  
Malleuve  
Malovin  
Manchon  
Mandreau  
Mandrenys  
Mandrin  
Manescau  
Manet  
Manin  
Manquin  
Mansain de Marcel  
Mantecon  
Manuel  
Marange  
Maraud  
Marcel  
Marcer

Marchais  
Marchand  
Marcille  
Marcort  
Marie  
Marignac  
Marillet  
Marins  
Marioche  
Maris  
Marius  
Marron  
Marsan  
Marsilly  
Martel  
Martell  
Marten  
Martín  
Massabeaut  
Massanet  
Masses  
Mastelin  
Matarais  
Matelet  
Mathieu  
Mathurin  
Matousel





Maurant  
Maurell  
Maurice  
Maurin  
Maurisset  
Maya  
Mayan  
Mayet  
Mazart  
Megret  
Meilan  
Melville  
Menadier  
Menard  
Menasse  
Menaud  
Meneau  
Menencier  
Menes  
Menière  
Mennart  
Merantier  
Meraud  
Mercer  
Mercier  
Merentier  
Meriau  
Merlín  
Messée  
Mestrez  
Metayer  
Metton  
Michel  
Michelet  
Michin

Miguel  
Milet  
Milien  
Millen  
Millen-Berger  
Millet  
Mimanc  
Miniere  
Miniet  
Minor  
Minuty  
Mirepoix  
Miselin  
Mitchel  
Molay  
Molera  
Moller  
Mompíé  
Mompo  
Momprivant  
Monet  
Monfarlé  
Monfort  
Monier  
Monne  
Monneron  
Monny  
Monseu  
Monson  
Mont  
Montarand  
Monte  
Montel  
Montié  
Montlauzan





Montoulieu

Montserin

Monvoisin

Moraceu

Moran

Morasen

Moreau

Moreau de L'isle

Moreaux

Morel

Moret

Morey

Morin

Moris

Morlot

Mortier

Mosteirin

Moulet

Moulins

Mouné

Mounet

Mounier

Mouré

Mourlot

Mournier

Mourthe

Mousignac

Mousquet

Mouton

Moynier

Munier

Munnau

Murice

Musard

Musset

Mussons

Muzard



## N

Nadereau

Naquin

Nautre

Nauwart

Navarre

Neclis

Negret

Negrin

Nelois

Nenau

Nicler

Nicole

Nicot

Nimbo

Noailles

Noallas

Noblet

Noel

Nopdeau

Nord

Nordet

Nouel

Noval

Novel

Nuiry

Nutrey





## O

Obar	Olivero
Obedeau	Olivero-Crevon
Obier	Olivet
Odelin	Olson
Odery	Onoré
Odinet	Ordelin
Oidean	Ordies
Oleger	Orille
Olin	Ornella
Olive	Orseau
Oliver	Otolet

## P

Pacau	Parkinson
Pacaud	Parot
Paciencia	Pascua
Padanuby	Pati
Padua	Patrats
Pailhasson	Paty
Paisan	Paula
Pajan	Paultre
Palais	Paumier
Palasi	Pautrier
Palet	Paveau
Palot	Pavot
Paly	Payet
Panades	Peant
Papillot	Pedraille
Paqué	Peichler
Parchevol	Peine
Pares	Pelet
Paret	Peletier





Pelfort  
Pelier  
Pellet  
Pelletier  
Pelmar  
Pelte  
Penot  
Penton  
Perdocan  
Pereaux  
Peres  
Perigaud  
Periguy  
Permanyer  
Pero  
Perou  
Perpignan  
Perran  
Perrier  
Perrin  
Perrote  
Perrussel  
Person  
Perut  
Pery  
Petell  
Petet  
Petit  
Peyreau  
Picagnol  
Picar  
Pichon  
Pickeau  
Pierre  
Pierrot

Pigibet  
Pignaud  
Pignon  
Pigou  
Pillet  
Pillot  
Pilotage  
Pinaud  
Pirou  
Pisany  
Planché  
Planchet  
Planke  
Plante  
Plantel  
Plutin  
Plux  
Pochet  
Pogiyen  
Polent  
Polut  
Pomé  
Pompona  
Ponchereau  
Ponsand  
Ponser  
Ponteaux  
Ponvert  
Popleie  
Porlené  
Porra  
Poter  
Poteseni  
Pothier  
Potrie





Potrille  
Pottier  
Pouget  
Poumier  
Poussa  
Poutou  
Pouyeaux  
Poyeaux  
Poyen  
Pradere  
Prebal  
Prebo  
Prenizot  
Preval  
Prevet  
Prevez  
Prevost

Prevot  
Preytre  
Priegue  
Prieur  
Prignan  
Prince  
Pucieux  
Puget  
Puignau  
Puigs  
Puillomet  
Puncet  
Puron  
Pursan  
Pussac  
Puvier  
Puyans



## Q

Quelquejen  
Quement  
Quemper  
Quenot

Querol  
Queston  
Quimbie

## R

Rabert  
Rabien  
Raboteau  
Rabreaux  
Rachel  
Radich  
Raimon

Raimond  
Raimundy  
Rainbeau  
Ralière  
Ramé  
Rameaux  
Ramon





Ramont  
Ranade  
Ranchen  
Rancole  
Ranget  
Raphael  
Raspail  
Raurell  
Ravier  
Ravine  
Raymond  
Recoules  
Redin  
Reen  
Regagnon  
Regnier  
Regnier-Leroy  
Reiners  
Relis  
Renan  
Renaud  
Renault  
Reneau  
Renion  
Reno  
Renvros  
Revé  
Revel  
Reverter  
Rey  
Reygondeaud  
Reynaud  
Reynoeds  
Reys  
Reyte

Reytor  
Ribeaux  
Ribot  
Riboville  
Ricard  
Ricard d'Arenour  
Ricardo  
Richard  
Richelme  
Rieur  
Rifat  
Rigau  
Rignac  
Rigondeau  
Rigondeaux  
Risech  
Rivery  
Robaine  
Robert  
Robin  
Rocahrd  
Rocales  
Roch  
Roche  
Rodovan  
Rodrigue  
Roffignolu  
Roger  
Roget  
Rolland  
Romain  
Romeur  
Roncelé  
Roncourt  
Rondeau







Rondel  
Rondeneau  
Ropeau  
Rose Raimondi  
Rosette  
Rosignol  
Roso  
Rossert  
Rossie  
Rossignol de Gramont  
Rotger  
Rou  
Rouault  
Rouli

Rousseau  
Rousset  
Roustan  
Rouvant  
Roy  
Rozas  
Rufin Bove Lagrange  
Ruisegnot  
Ruison  
Rullan  
Rullon  
Rumbaut  
Ruvion

## S



Sabagnino  
Sabari  
Sabery  
Sabin  
Sablon  
Sabon  
Sabourin  
Safond  
Sagot  
Sahuque  
Saint-Amat  
Saint-Blancard  
Saint-Cibrian  
Saint-Felix  
Saint-Hilaire  
Saint-Justis  
Saint-Michel  
Salabert

Saleni  
Savari  
Savigne  
Savignon  
Savin  
Savon  
Sayans  
Sayu Sebey  
Seguen  
Seibestin  
Seliemerer  
Sellet  
Semanat  
Sembraille  
Semitier  
Sempie  
Semuller  
Seray





Serbiant  
Serrel  
Servet  
Sesar  
Sier  
Sigler  
Siguier  
Sillegue  
Silleres  
Silvent  
Silvestre  
Simon  
Simoneau  
Simonpietri  
Slabe  
Solignac  
Solite  
Sollet  
Solony  
Sombart

Sonas  
Sonville  
Sorel  
Soret  
Sotiron  
Soto  
Sotoison  
Soublat  
Soulari  
Soule  
Specht  
Stable  
Stebler  
Sterlin  
Subervie  
Sucior  
Supervielle  
Suterand



## T

Talia  
Tamarelle  
Tarason  
Tasse  
Tauzin  
Taxis Deblaureau  
Teille  
Telemaque  
Tentor  
Teran  
Terasion  
Tesser

Teussan  
Texera  
Texidor  
Thaureaux  
Thereneau  
Thibault  
Thiphaine  
Thomas  
Thoreaux  
Thorinde  
Thornet  
Thounins





Thozely  
Tibaut  
Tierry  
Tierry de Bronery  
Tintoré  
Tiserde  
Tissert  
Tisseur  
Tobonan  
Toirac  
Tomas  
Tomasen  
Tomasi  
Tomaso  
Tomé  
Tonfet  
Torregrosse  
Touquet  
Tourtelot  
Tousin

Toussaint  
Tousson  
Touvin  
Trailinet  
Travé  
Trebentos  
Trenard  
Trenoville  
Trepén  
Tresolt  
Tressord  
Tretetand  
Treville  
Triolet  
Trouche  
Trovard  
Trutié  
Tuffel  
Turent  
Tussen



## U

Uguet  
Ulerin  
Umpierre

Urruti  
Usablond  
Uvience

## V

Vacque  
Vaer  
Vaillance  
Valanqué  
Valari  
Valcourt

Valdec  
Valet  
Valière  
Valois  
Valon  
Valton





Vameut	Vianant
Vanes	Viant
Varet	Vibart
Varnier	Vichi
Varon	Vidaillet
Varoste	Vidal
Vasallo	Vidaud
Vasseur	Videaux
Vassiguon	Viel
Vaucrefson	Viet
Vauwelwe	Viet
Vavafseur	Viette
Vayton	Vigaud
Vedey	Vignaud
Velay	Vignot
Vendrell	Vilar
Veneiroles	Vilaret
Venet	Vilaro
Vensan	Villie
Venzant	Vinent
Verdereaux	Vino
Verdon	Virelle
Verdot	Virgili
Verdoux	Vison
Vermeillé	Vistel
Vernaud	Vistuer
Vernier	Voiturin
Verton Corpon de Coney	Vorsla
Veusan	Vuin
Vian	



W

Wanton	Wanger
--------	--------





Y

Yacero  
Yaque  
Yaunner  
Ybero  
Yemet  
Yencen

Ynet  
Yoli  
Yoyo  
Ysalin  
Yvel  
Yvonnet

Z

Zenterralla  
Ziegler  
Zilia







